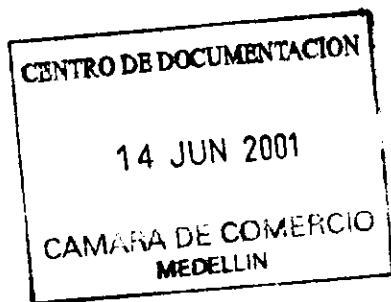


Recuentos

"Colección CCM"



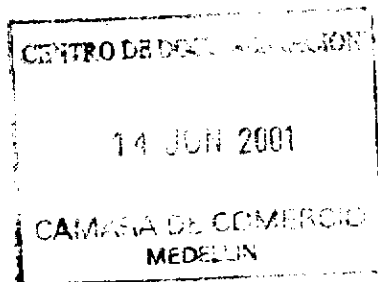
1183 (CCM)

33)70 (A2)
H473
EJ. 3

MEVZ 13577

Saúl Álvarez Lara

Recuentos



Primer puesto. V Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

4 1183 (CCM)

© Saúl Álvarez Lara
© Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura
ISBN: 958-9221-37-8

Primera edición: marzo de 2001

Diseño de cubierta: Saúl Álvarez Lara
Diagramación: Adriana Jaramillo Chaparro
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

ÁLVAREZ LARA, SAÚL

Recuentos / Saúl Álvarez Lara

1 ed. Medellín : Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura, 2001.

121 p. ; 21 cm.

Primer puesto. V Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

1. CUENTOS POPULARES COLOMBIANOS. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara
de Comercio de Medellín para Antioquia.

*Con todo mi amor para
Lucelena, María Rosa
y María Antonia*

**CENTRO DE DOCUMENTACION
CAMARA DE COMERCIO DE MEDELLIN**

*No hay dos realidades iguales,
algunas sólo se parecen,
y siempre, por pura coincidencia*

El primer viaje del día	1
Todo parece milagroso, hasta las vírgenes	7
La lotería está en cualquier parte	25
Que la función comience	39
Espero tu llamada	45
Cuando la luz cambie a verde	59
El álbum	65
El futuro asegurado.....	79
La invitación	91
Ya no quedan hombres así	97

El primer viaje del día

Me quedé paralizado cuando vi el revólver en manos del hombre del asiento de atrás en el momento en que Duque se acercó a él. Lo apuntó hacia mí, vi el fogonazo y, al mismo tiempo, escuché el disparo. “¿Cómo es posible?, en esta buseta no viene nadie armado, nadie más que yo”, pensé. Duque y yo revisamos todos los pasajeros esta mañana antes de que se subieran a la buseta en el terminal. Los revisamos de lejos, claro, pero ninguno estaba armado, estoy seguro.

La bala me buscó apenas apareció por la boca negra del revólver y se vino directamente hacia mí, brillante y alegre, como quien está en una fiesta y busca con quien bailar al ritmo de una música que sólo ella escucha.

Esa fracción de segundo, mientras la bala, mi amiga, venía hacia mí, fue suficiente para revivir mi película desde la noche anterior. Me vi sentado con Duque en la mesita metálica al fondo de la tienda; no escuché lo que estábamos hablando, pero fue el momento en que acordamos dar el golpe y, por los gestos, estábamos contentos. Vi cómo él levantó su mano para llamar la atención del dueño, me pareció que hacía una “v” como de victoria con sus dedos; pero no, estaba pidiendo otras dos

cervezas. En seguida, me vi en la esquina de la casa de mi novia, todavía de noche; ella lloraba mientras yo le hablaba, las luces de los carros al pasar nos iluminaban y después nos dejaban en la oscuridad.

Cada vez más cerca de mí, ella, la bala, mi bala, era como una enamorada que me seguía y me hacía señas para que la acompañara en su baile desconocido.

Cuando me vi en medio de los pasajeros que se querían subir a la buseta, me di cuenta de que había uno que venía armado y se sentó en las últimas bancas del lado izquierdo, una de las de tres pasajeros. Vi cómo Duque se subió por la puerta de atrás mientras yo lo hacía por la puerta del chofer; como era yo el que tenía el *changón* escondido en mi manga, por si pasaba algo, al primero que tenía que encañonar era al chofer. Me vi esperando, como habíamos hablado Duque y yo, hasta que la buseta estuviera llegando al centro.

Llegado el momento me escuché gritar: —Quietos todos, no se muevan que este *changón* está cargado—, mientras Duque, en el fondo de la buseta, comenzaba a pedir las carteras, la plata y otras cosas a los pasajeros. Nadie oyó mi grito cuando Duque se acercó al hombre armado. En la distancia, muy lejos, escuché el otro disparo. En ese mismo instante ella, mi amiga, mi bala, brillante y alegre me alcanzó y me sacó a bailar su ritmo mortal, me llegó por el hombro y se apoderó de mí hasta que todo a mi alrededor giraba a una velocidad que me hizo perder el sentido.

No sentí dolor.

Cuando abrí los ojos de nuevo, sólo tuve tiempo de ver a mi amigo tirado en el piso de la buseta entre las sillas y el revólver que me buscaba otra vez con intenciones de invitarme a bailar de nuevo. Un reflejo del dedo índice de mi mano derecha me hizo devolver la invitación y el *changón* se disparó. El golpe de la culata en mi hombro herido, la sangre y la sensación de baile desenfrenado que vivía en mi interior me hicieron caer hacia

atrás al lado del chofer. Cuando me levanté, el hombre del revólver y su vecino estaban bañados en sangre, Duque estaba en el piso inmóvil y los pasajeros, aterrados, no se atrevían a decir ni una palabra. Lo llamé, le grité que se levantara, que esto ya iba a acabar y que nos podríamos ir tranquilos para la casa; pero uno de los pasajeros me interrumpió para decirme que ese muchacho estaba muerto. Me vi en otro espacio, como si yo ya no perteneciera a esta buseta, ni a Duque, ni a nadie, ni a ningún lugar y de pronto tuve la necesidad de no dejarlo ahí tirado solo. Yo debía, por lo menos, acompañarlo hasta algún lugar seguro donde lo cuidaran, era mi amigo. Entonces me vi diciéndole al chofer, mientras le apuntaba con el *changón*, que se devolviera hasta el barrio, que íbamos a llevarlo hasta la casa de él, a donde su mamá que lo estaba esperando; —... y si no se lo llevamos, se va a preocupar —le dije.

Me vi dejándolo en la puerta frente a su casa y me vi también alejándome, sin escuchar nada, por una avenida amplia iluminada a lado y lado, que se perdía en el horizonte.

Todo parece milagroso, hasta las vírgenes

Milena

A nadie se le ocurrió preguntar quién iba a manejar. Todos sabían, desde cuando papá enfermó, que la única que manejaba el carro era Milena; primero, porque era la mayor, y segundo, porque como fue la niña de sus ojos hasta el día en que decidió casarse, fue la única que aprendió. Era la época en que papá todavía tenía ánimo y estaba aliviado.

—Qué tan de buenas ésta... es la única que tiene el puesto asegurado en el carro —le dijo Paula a su papá con cierto tonito duro, reprochándole que ella nunca tuvo las mismas ventajas que su hermana mayor. Ahora que él estaba enfermo, con mayor razón era Milena la única que podía tocar el carro y parecía ser la única también en esperar el famoso milagro de la Virgen de la Roca, que, según ella decía, era la más milagrosa.

—Van a ver que papá se recupera. Pero debemos insistir con esta Virgen —aseguraba, no porque fuera descuidada con sus devotos, sino porque tenía tantos que para que escuchara las plegarias de cada uno, había que

hacerlo. —Ella no puede atenderlos a todos a la vez y, por seguridad, es mejor estar recordándole la existencia de papá lo más seguido posible —decía Milena, con la seguridad de quien sabe de lo que habla.

Desde el día en que se enteraron de la existencia de esta virgen milagrosa iban al santuario una vez por semana, Milena manejando, don Vicente sentado en el puesto del pasajero a su derecha y Paula atrás. Doña señora, como la llamaban todos en la familia, no iba porque ella no creía en milagros.

—Es mejor llegar de primeros, para que no nos toque una fila muy larga —le dijo Milena a su papá desde la puerta del garaje, y a la vez, pidió a Paula que trajera al enfermo hasta el carro y le ayudara a subirlo. Tuvo que llamarla dos veces. Siempre pasaba lo mismo con Paula, se quedaba retrasada y había que afanarla, inclusive, cuando estaban en el santuario de la Virgen de La Roca siempre se quedaba de última, rezando decía ella, y Milena tenía que llamarla para que la ayudara con su papá. Milena era como una mamá cuidando a su hermana menor y por eso siempre era un poco estricta con ella, pero, en el fondo, le tenía también algo de compasión, porque hasta este momento, a sus treinta y dos años, no se le conocía pretendiente, y ella, Milena, a pesar de ser una mujer creyente, practicante y devota de todas las vírgenes, ya se había casado, aunque actualmente estaba separada del gran amor de su vida, con quien vivió los momentos más dulces, quien le enseñó cosas que ella ni siquiera se imaginaba y un día, sin decir nada, la dejó. Milena iba al santuario de la Virgen de la Roca porque esperaba tres milagros, en este orden: el del regreso de su marido, el de la salud de su papá y, por último, el de su hermanita, que se estaba quedando para vestir santos.

—¡Hoy no me bajan! —dijo don Vicente.

Milena pensó en insistir, “pero mejor no”, pensó. Sabía que desde la enfermedad su papá era un hombre

terco, de pocas palabras, muy pocas. Cuando ya estaban todos en el carro, camino del santuario, tuvo el presentimiento de que algo muy especial, el milagro tal vez, iba a pasar y aceleró. En ese momento su único deseo era estar allá rezando, aprovechando el tiempo, antes de que llegaran los otros devotos a distraer a la Virgen con pedidos que podían ser tan importantes como el de su papá. Al llegar al trancón que se formó porque los semáforos estaban apagados o dañados, pensó, mirando a su papá de reojo, que siempre era bueno tener una Virgen en quien creer cuando había necesidad y recordó con nostalgia los tiempos aquellos en que se apegó tanto a la Virgen de los Desamparados para que le ayudara a encontrar marido, ¡que lo encontró! Claro que ya se había ido de su lado, pero le dejó unos recuerdos imborrables. Él no creía en milagros y fue eso, tal vez, lo que hizo que se fuera, porque Milena quería un hijo, pero confiaba más en un milagro que en su propio marido para tenerlo, y él, cansado de no ver su propio deseo consumado, se fue. El trancón avanzaba lentamente, Milena se desesperaba más y más a medida que los minutos pasaban, quería llegar rápido, eran casi la cinco y ella sabía por experiencia que no había mejor hora para que la Virgen de la Roca hiciera bien su trabajo. Cuando alcanzó a divisar desde la curva de arriba el santuario por el resplandor de las veladoras de todos los colores, sobre todo de esas que están forradas con un papel celofán rojo, que son las más baratas, se tranquilizó.

Efectivamente, como lo había previsto desde el momento en que salieron de la casa, a esa hora había poca gente. Cuadró el carro sin ninguna dificultad y ni siquiera Paula tuvo la ocasión de hacerle el chiste ese de que a ella no le habían enseñado dónde quedaba la reversa. Conociendo, como conocían, a don Vicente y después de lo que les había dicho, nadie le insistió para que se dejara bajar en el santuario; la silla de ruedas estaba en la maleta y no

había ningún problema. Milena prefirió quedarse callada, hizo una seña a Paula y se bajaron la dos.

Como siempre, Milena iba de afán; subió adelante los escalones de piedra que llevan al santuario y hasta olvidó comprar las veladoras. No había muchos carros, tampoco había mucha gente y pudo acomodarse fácilmente para decir sus oraciones. Como siempre, también tuvo que esperar a Paula, que se demoró comprando una veladora de las de celofán rojo. Cuando llegó a su lado Milena le preguntó: —¿Por qué no compraste más? —Porque no tengo más plata —contestó Paula—; para el milagro que yo quiero con una sola basta; en cambio tú si necesitas más de una, hermanita, sobre todo para hacer que “tu dulce” vuelva, y ahora que se va casar con la novia que tiene, vas a necesitar una docena—. Milena se quedó pálida pero arrodillada, y sin levantar la voz preguntó: —¿Cómo te enteraste, si eso no lo sabe nadie? —Pues me lo dijo un pajarito. Milena no insistió. Estaba herida, necesitaba, el signo de que algo especial iba a pasar y comenzó con la primera Ave María, a la cual Paula contestó mecánicamente; la segunda, e igual respuesta, la tercera, la cuarta. A la quinta respuesta de Paula, Milena no siguió con su acostumbrado ritmo, se había quedado muda mirando hacia el lugar donde habían dejado el carro, apenas alcanzó a murmurar:

—¡Se hizo! ¡Se cumplió el milagro! ¡Se hizo!

Desde donde se encontraban podía ver a su papá parado sosteniéndose en la baranda del puente. Lo único que se escuchaba decir a Milena, con voz entrecortada, era:

—¡Se hizo! ¡Se cumplió! ¡Papá camina!... ¡Se puede parar y camina!...—. Y sin pensarlo dos veces, bajó corriendo los escalones hasta donde estaba don Vicente, gritando a quien la pudiera oír:

—¡Milagro, milagro, se me hizo el milagro, mi papá camina!

Estaba descontrolada y la gente, al verla pasar, se quedaba mirándola sin comprender gran cosa. Como siempre, Paula se retrasó; Milena, emocionada y gritando, abrazó a su papá, que dijo en el tono que todos conocían: —¿Cuál milagro...? ¡Se robaron el carro!

Paula

¡Otra vez! Apuesto a que no me va a dejar descansar hoy tampoco... Milenita ya empieza con su cháchara..., que la virgen, que el milagrito, que mi papá y hágale con sus problemas, a Milenita lo que le está haciendo falta es su “dulce”, como se la pasa buscando el milagro, no se le ha ocurrido pensar que la solución puede ser que se encuentre otro marido; y yo voy a acabar por creer que la falta de hombre emboba, menos mal que yo tengo mis amigos bien reservaditos y les hago creer a todos que me estoy quedando solterona, pero ni que fuera la más de malas, lo que yo necesito es frenarlos porque los hombres de hoy no piensan sino en eso; debería invitar a Milenita a salir con un par de amigos a ver si aprende, se le quita esa rezadera y deja tranquilo a mi papá, que con seguridad no está esperando ningún milagro. Estoy por creer que lo de la parálisis es una excusa para que no lo jodan y por eso no volvió ni a hablar, claro que cuando habla no ve sino por los ojos de Milenita, que Milenita por aquí, que Milenita por allá, inclusive a la única que le enseñó y que puede tocar el carro es ella, claro, la mayor, la más inteligente, pero eso le duró poquito, porque “El dulce” se los comió a todos de cuento, menos a ella que todavía debe guardar su joyita entre las piernas. “El dulce” se cansó de pedírselo y de escuchar como respuesta un Ave María, hasta que se cansó y se fue.

Ahí comienza otra vez, que el milagro, que vamos temprano, y este viejo sin decir nada y la doña bregando con su genio y el del vecino, claro, sin que nadie se dé cuenta, por eso a ella no le volvió a preocupar que el viejo se quedara callado y él se calló del todo.

Qué tan de buenas Milenita, que tiene el puesto asegurado en el carro y no tiene que ir atrás como guardaespaldas de político, pero no me mirés así viejo, yo sé que me querés y yo también te quiero mucho, pero qué karma el que nos tocó, ¿o no estás de acuerdo conmigo?

Milenita debe de estar pensando que hoy con seguridad va pasar algo, pero yo estoy segura, viejo, que preferirías quedarte viendo el partido de fútbol y yo estaría encantada y vuelta añicos de ganas con Fernando, pero no puedo dejar que lo conozcan porque se tiran todo con ese cuento de que ya estoy que visto santos y que me tengo que casar rápido antes de que me quede de verdad, y apuesto que Milenita sería capaz de preguntarle que cuándo nos vamos a casar y todo eso, pobrecito Fernando, mejor que no lo conozcan. Claro que, viéndolo bien yo también quisiera un milagrito, lo que no sé es si esta Virgen me lo puede cumplir. Por supuesto, lo primero que tengo que hacer es comprar la lotería y después rezar, lo que quiere decir que a los milagros también hay que ayudarles.

Y esta mujer sigue gritando; si supiera que yo sólo puedo funcionar al ritmo mío. Ves, Milenita, después de todo lo que nos afanaste, casi sacaste al viejo volando de su silla y ahora caemos en este trancón. Con seguridad debe de haber un policía controlando el tráfico allá adelante; pero mejor, si se nos apareciera un vendedor de lotería le compraría cualquier número que tuviera, y como voy al santuario, juego, rezo y listo, a esperar el milagrito. ¡Ah! si me la ganara, me iría bien lejos donde no tuvieran que verme casada para creer que soy feliz, pero tengo que empezar por comprarla y hoy parece que

no va a ser el día, porque no veo ningún lotero y lo que veo allá al comienzo de la curva es el resplandor del santuario. A ver cuánto tengo... sólo me alcanza para una veladora y de las más baratas, y ni modo de pedirle plata a mi papá, pues como ni siquiera contesta, me deja con la palabra en la boca, aunque hoy habló por primera vez en mucho tiempo:

—¡Hoy no me bajan! —dijo. Qué verraco el viejo, debe de estar cansado de venir aquí y de seguirle la corriente a Milenita, y yo estoy por creer que el viejo está empezando a rebelarse.

Esta Milenita no tiene arreglo, tiene más afán de un milagro que el pobre viejo, que de pobre no tiene nada, si lo dejáramos en paz... Que me espere mientras me compro la veladora, y por si las moscas, se la dejo a la virgencita.

Oigan a ésta, que por qué no compré más veladoras... Para lo que yo quiero, con una sola basta. Para lo que ella necesita, por ahí con tres docenas y apenas sí le alcanza.

¿Qué pasa?, esta Milenita se me desconcentró del rezo, y ahora, cada vez que dice la primera parte del Ave María, la siento más lejos...

Qué tan raro, ya ni me contesta y por qué sale corriendo como loca gritando...

—Qué pena, qué irá a pensar la gente... pues que Milenita se enloqueció.

Hasta mi papá está preocupado por ella y la está esperando en la baranda del puente, pero cómo, si el viejo no puede bajarse del carro... y Milenita gritando ¡milagro, milagro!...

Ésta sí es bien boba.

Lucho

—Ya casi son las cinco de la tarde y todavía no ha pasado ningún carro como el que necesitamos —dijo Lucho—, ojalá fuera nuevo y con mujeres; esas se asustan más fácil y lo entregan ahí mismo, claro que si son como mi mamá, que no le tiene miedo a nada, estamos jodidos.

—Llegó uno —señaló Wilson.

—¿Cuál? —preguntó Lucho, que no podía ver bien hacia el otro lado de la calle.

—El rojo, hermano —dijo Wilson—, esperemos a ver qué pasa, yo creo que esa gente viene a rezar y lo van a dejar ahí en el parqueadero.

“Se están demorando mucho”, pensó Lucho y se acordó de por qué estaba ahí escondido:

“Necesito billete, hermano, la vieja está llevando del bulto”, fue lo primero que dijo después de levantarse a las dos y media de la tarde. Ahora, dos horas después, estaba a punto de conseguir la alhaja que le permitiría llevarle billete a la vieja antes de que se acabara el día, pero “esas putas viejas” no se bajaban.

—¿Qué les estará pasando? —le preguntó a Wilson, que a medida que pasaban los minutos se ponía más ansioso.

—Se están bajando las viejas —dijo Lucho, y en el mismo momento gritó una orden a Wilson:

—¡Vamos!—. Y salieron corriendo los dos de su escondite, atravesaron la avenida y al llegar al otro lado volvieron a tomar el paso normal. Estaban a unos veinte metros del carro cuando Wilson frenó en seco. Lucho no se dio cuenta inmediatamente, pero sintió que algo faltaba a su lado, como cuando jugaban fútbol en la placa deportiva del barrio contra los del barrio vecino y él sentía su presencia cuando llevaba el balón por el centro de la cancha. Sabía que Wilson estaba ahí y podía hacerle el pase casi a ciegas, con la seguridad de que su compañero lo recibiría

y, con la puntería y fuerza que tenía en su pierna izquierda, era gol fijo. ¡Ah! y las muchachas en la gradería haciendo barra y todo el mundo gritando: ¡Gooool!

Pero ahora era distinto. Sintió de un momento a otro que Wilson no estaba ahí, a su lado, que no iba a hacer el gol que necesitaban y que la vieja no iba a tener el billete esa noche. Entonces él también frenó, miró para atrás y vio a Wilson que le estaba señalando el carro rojo y en voz baja le dijo:

—¡Hermano, hay una persona en el carro!, ¡las viejas no estaban solas!

Lucho volvió a mirar hacia donde estaba parqueado el carro rojo. Una persona estaba sentada en el puesto del pasajero, pero no había mucha gente en el santuario.

Se tranquilizó, pensó rápido y dijo:

—¡Untado un dedo, untada toda la mano! ¡hágale, hermano, que es la única oportunidad que tenemos!—. Y siguió caminando hacia el carro lo más rápido que podía, pero sin despertar sospechas. Cuando llegó a la altura de la ventanilla del carro rojo, se dio cuenta de que el pasajero era un hombre ya mayor. Entonces miró para todos los lados a ver si de pronto había un policía que pudiera dañarles el trabajito, y como no vio ninguno, se agachó y golpeó tres veces en el vidrio con los nudillos de la mano derecha. Para su sorpresa, el viejo, que en realidad no se veía tan viejo, lo bajó y preguntó:

—¿En qué le puedo ayudar?

—¡El carro! —dijo Lucho—, bájese y no ponga problema, porque lo jodo—. Y le mostró la pistolita que su papá había dejado escondida en la casa el día que la policía vino por él.

—¡Pues me va a tener que bajar! —dijo el viejo desde su puesto, sin mover ni un solo dedo, ni dar muestras de susto.

—¡Que se baje, viejo hijueputa! —volvió a decir Lucho.

En ese momento, Wilson que se había quedado atrás esperando a ver qué pasaba y vigilando que las viejas

no bajaran del santuario, se acercó a Lucho y preguntó: —¿Qué pasa, hermano?

—¡Soy inválido —dijo el viejo—, y no me puedo mover!

—¿Que qué? —casi gritaron los dos y se miraron desconsolados.

Entonces, para su sorpresa, el viejo les dijo:

—Vea, bájeme, me dejan recostado en la baranda del puente, se llevan el carro y van a ver el milagro tan verraco que hacemos entre los tres.

Sin perder ni un segundo, abrieron la puerta del carro, entre los dos bajaron a don Vicente y, como él mismo se los pidió, lo dejaron recostado en la baranda del puente.

—Bueno, hasta luego, viejo —dijo Lucho—, y muchas gracias.

Le dio una palmadita en el hombro, pero no se atrevió a cerrarle la mano porque no le pareció muy correcto con él, y de todas maneras en esos trances tampoco era para perder tiempo con buenos modales. Wilson hizo lo mismo.

Cuando se iban a ir, el viejo les dijo:

—Ustedes me hicieron el milagrito y yo se los voy a agradecer mucho mientras viva, pero les voy a dar un consejo: Pónganle aceite al motor, que ya debe de estar como agua...

Wilson

¡Hoy sí! Hoy voy a pedirle a Sandrita que salga conmigo, ¡pero a lo bien...!

Primero, voy a despertar al Lucho, a ver qué se le ocurre que hagamos esta tarde, porque a Sandrita, es güevonada ir a buscarla antes de las diez de la noche. Pero primero necesito conseguir un buen billete o un buen carrito, para sacarla a dar una vuelta por ahí, a donde va la gente.

Lucho me va a ayudar; seguro que necesita billete para la vieja. Desde que encanaron a su viejo, en esa casa sólo comen cuando Lucho lleva algo, y hoy con seguridad necesita billete. Claro que primero conseguimos el carrito, después salimos con Sandrita y otra hembrita para el Lucho y mañana vendemos el carro, pagamos lo que nos consigamos prestado hoy y el resto lo repartimos entre los dos, y listo, todos tan contentos... Ese man sí duerme, pero cuando le traigo trabajo, seguro lo pongo a moverse; para eso lo conozco desde cuando estaba pelao; que haga como cuando vamos a jugar un desafío contra Los Halcones, el equipo de fútbol del otro barrio. A esos manes les hacemos los goles facilito, y las muchachas que se ponen a gritar felices, y como nosotros somos los héroes, tenemos derecho a todo. ¡Eso sí es vida! Lo que pasa es que se necesita billete, para sostener los caprichos de las hembritas, y de vez en cuando un buen carrito, para que se sientan orgullosas.

—Yo sé dónde podemos conseguirnos el carrito y hoy creo que hay poca gente allá.

—Vamos, hermano —le dije al Lucho—, levántate ya, son casi las tres y hay que llegar al sitio que te digo antes de las cinco, es la mejor hora, porque después, o hay mucha gente o los que vienen no tienen carro, y esos no nos sirven para nada.

—Tranquilo —me contestó Lucho—, que si nos vamos en metro, llegamos a cualquier parte antes de una hora. ¡Esperame pues, que ya salgo!

En el metro me di cuenta de que había traído la herramienta, y eso lo hacía sentirse más poderoso. Este Lucho es un cacharro, si uno lo hace sentir como el jefe y si además tiene una pistolita entre el bolsillo, se cree el rey del tango y así no hay quien lo pare.

Llegamos más temprano de lo que me imaginé. —El metro le hace ganar a uno mucho tiempo —le dije para hacerlo sentir bien.

—Hermano, hoy tengo que conseguir billete; vamos rápido —me respondió.

Hicimos como si nada fuera con nosotros, desde la acera frente al santuario de la Virgen de la Roca. Yo conocía el lugar porque hace un tiempo dijeron en mi casa que mi papá venía a rezar aquí todos los días a ver si la Virgen le daba trabajo, y rezaba tanto, que nunca le quedaba tiempo para trabajar en nada. Desde ese momento, todos los amigos de mi papá vinieron a pedirle trabajo a la Virgen de la Roca. Claro que muchos de los que vienen lo que quieren es que la Virgen les haga el milagrito de trabajar por ellos y no buscan más.

Aunque Lucho necesita su milagrito, no es la virgencita la que se lo va a hacer sino yo, que le propuse que viniéramos aquí, porque sin mí, ese man no hubiera salido de la casa.

El carro rojo es el de nosotros. Voy a dejar que Lucho vaya adelante y yo me quedo detrás campaniando, ojalá que no se me arrugue este güevón a última hora y Sandrita se me quede con los crespos hechos esta noche.

Se bajaron las dos viejitas, ojalá tengan bastante para rezar y nos dejen tiempo de llevarnos el carrito, pues hoy nosotros lo necesitamos más que ellas. Apuesto a que Lucho no se ha dado cuenta de que el viejo se quedó en el carro; pero eso no es problema, con una herramienta en la cara se asusta cualquiera.

No hay policías a la vista y tampoco hay mucha gente. Tranquilo hermano, tranquilo.

En estos momentos cada segundo dura una hora, es como en cámara lenta. Nadie lo entiende. He tratado de explicárselo a Sandrita y no me entiende y mi vieja menos, pero en ese momento es donde está la aventura, el éxtasis, el placer. Lo que sigue es de una rapidez sorprendente, en contraste con el momento en que comienza la acción. Hay que tomar decisiones rápidas y tener cabeza fría.

Lucho y yo nos comprendimos con la mirada, como siempre.

El viejo quería que nos lleváramos el carro. Cuando murmuró lo del milagro que alcanzaríamos los tres, me entró una sospecha, pero no tuve tiempo de preguntar y sólo comprendí lo que él quiso decirnos cuando íbamos a unas quince cuadras del santuario.

El carro hizo un ruido que venía de las profundidades del motor y se paró.

Don Vicente

A quién se le ocurriría esa idea de lo milagrosa que es la Virgen de La Roca. De todas maneras al que se le ocurrió de primero, encontró la mejor creyente en Milenita; si fueran más vivos, se asociarían, pondrían taquillas a la entrada del santuario y seguro que se llenaban; y uno bien lleno de billete para qué rezar por milagritos de mentiras. ¡Ahí sí que se les cumplirían todos! Pero eso no lo entendería Milenita nunca, ella sigue creyendo que la Virgen le va a devolver a "su dulce", como lo llamaba, y ese muchacho lo menos que quiere es que el tal milagrito lo devuelva donde mi hija, y yo lo entiendo. Yo no sé de dónde sacó esta muchacha esa santurronería, porque, no nos digamos mentiras, es la única. Ni la mamá, que se queda rezando con el vecino cuando nosotros salimos para el santuario, y a ella sí se le cumple el milagro cada vez que ella quiere. Ni a Paula, que no creo que quiera ninguno, si es más buenavida que todos nosotros juntos.

Ahora este trancón, está como mandado a hacer, porque mientras más nos demoremos en el camino, más tiempo tengo yo para pensar lo que voy a hacer, el milagrito que me voy a inventar para acabar de una vez por todas con este paseo en el que nadie cree, pero en el

que todos tenemos la seguridad de que lo que nos pase será un milagro, dependiendo del ángulo desde el que lo vea cada uno.

—¡Hoy no me bajan! —tuve que decir a mis hijas en un tono, que ni siquiera se les ocurriera pensar que podrían proponerme hacerlo. Ahora que estoy solo aquí en el carro, espero que sin comprar velas o veladoras, se me haga el famoso milagrito a mí.

Tranquilo..., que algo tiene que pasar.

¡Eh!, qué pensarán hacer esos dos pelados que vienen corriendo allá, parecen buscando algo y no parecen tranquilos, menos mal que no hay policías a la vista. De lo que estoy seguro es que esos no vinieron aquí a rezar y vienen hacia mí. Pero de malicia no tienen nada... y el que se quedó atrás, ¿estará asustado?... ¡Vengan rápido! Si no me lo piden el carro los llamo y se lo doy, si no me hacen el milagro, yo me lo hago. A ver, me voy a hacer el distraído y voy a dejar que se acerquen. Ya viene hacia mí, al fin se me va a hacer el milagrito. ¡Ojalá que no sea para pedirme fósforos!

—¿En qué le puedo ayudar? —me adelanto a preguntarle como para atraerlo hacia mí.

—¡El carro! —me dijo—, bájese y no ponga problema, porque lo jodo —y me mostró una pistolita. Entonces, lo más tranquilamente posible, le contesté:

—¡Pues me va a tener que bajar! —y se lo dije, no por tirármelas de macho, sino porque no me puedo mover; entonces caí en cuenta de mi error; mientras tanto, él me dijo secamente:

—¡Que se baje, viejo hijueputa!

Cuando se acercó el otro compañero y preguntó: —¿Qué pasa, hermano?—, aproveché para calmarlos y les dije: —¡Soy inválido y no me puedo mover! Pero si me bajan y me apoyan a la baranda, yo los dejo que se lleven el carro. Eso, les aseguro, me hará más feliz de lo que ustedes se imaginan—. Me pararon en la baranda, y yo, en medio de mi felicidad, tuve tiempo para decirles,

casi gritarles: —¡No se les olvide ponerle aceite, ya debe de estar como agua...!—. Como buen chofer de carro prestado, Milenita no se preocupa nunca por el mantenimiento, y como yo estaba buscando mi milagro por todos los medios, hace tiempos que no se lo hago tampoco.

Ahora que se me cumplió el milagro que quería, volveremos a la casa en taxi, me dejarán tranquilo en mi silla y mis hijas vivirán cada una por su lado la vida que quieran. Hasta doña señora tendrá su parte del milagrito, porque ella seguirá haciendo lo que ha hecho siempre: lo que le provoca.

¡Ah!, allá viene Milenita gritando...!

La lotería está en cualquier parte

—¿4792? —preguntó la empleada a través de la ventanilla.

Tuvo que gritar porque el ruido de la calle abrumaba las palabras y desde el otro lado del vidrio, donde estaba Jota, no se escuchaba nada de lo que ella decía.

—¡Sí! —respondió también a gritos Jota—, 4792.

—Hoy juegan cuatro loterías, ¿cuál prefiere?

—¡La de aquí! —respondió él de nuevo a gritos.

Cuando recibió el billete, lo revisó; efectivamente, allí aparecía 4792; lo dobló por la mitad, lo puso en el bolsillo de su camisa y salió a la calle.

Aunque su manera de jugar parecía descuidada, en realidad no lo era, respondía a un método fríamente calculado. Lo había aprendido de su padre, apostador empedernido que vivió de los números, como él decía, mantuvo a su familia, pagó estudios a su hijo y murió sin dejar herencia.

Desde muy pequeño, su papá le había enseñado a convivir con los números: cómo distinguirlos, cómo jugar con ellos, cómo calcular sus posibilidades de repetición en una serie, cómo descifrarlos. Su papá le enseñó el valor de fundar su vida alrededor de ellos, el arte que

debía dominar si quería ser apostador, una profesión tan digna como cualquier otra —insistía—. Cuando decidió que sería contador, su papá lo animó diciendo que había elegido el mejor camino. —En esa profesión estarás en contacto con la materia prima de tu vida, todo el tiempo. Eso —le dijo— te va a dar todavía mayor sensibilidad para distinguirlos, para ver cómo se repiten, cómo interactúan con otros en su grupo, o con otros grupos que verás en la calle, o en cualquier parte.

Heredó una táctica que no era compleja pero era el secreto mejor guardado de su familia. Consistía en llevar una historia, por así decirlo, de cada número que jugaba, anotado cuidadosamente en unos cuadernitos de pastas verdes con textura de mármol, cuadriculados, de cien hojas, que compraba en la tienda dos cuadras más abajo de su casa. Cuando los cuadernos de pasta verde se acabaron y tuvo que cambiarlos por otros de pasta roja, Jota le dijo al tendero que a él no le gustaba la posibilidad de tener dos colores diferentes de cuadernos para llevar sus estadísticas. —Debí comprarlos todos del mismo color desde el primer día —dijo cuando se enteró de que ya no encontraría más cuadernos verdes en ninguna otra parte de la ciudad. Según sus cálculos, cada cuaderno duraba aproximadamente dieciocho semanas, lo que quería decir que un año equivalía a tres cuadernos y dos semanas. En esos cuadernos anotaba, hacía cálculos, y definía por probabilidades cuál era la mejor apuesta del momento; allí estaban consignados cifra por cifra los movimientos de todos los números que se hacían públicos por medio de apuestas en el país. Eran su memoria, su organización y su principal herramienta de trabajo. No hay duda, Jota era un hombre organizado, lo heredó de su padre, como debe ser quien maneja estadísticas y además hace apuestas.

Hasta que una noche tuvo un sueño, en el que una mujer, que no había visto nunca, lo siguió por todas par-

tes hasta el frente del edificio donde vivía. Lo curioso era que detrás de ella no había otros edificios, como los que veía todos los días por la mañana cuando salía a la calle, había un potrero con vacas de todos los colores, 4792 vacas. La mujer se descubrió el pecho con una mano para mostrarle que tenía tatuado encima de sus senos el número 5803, mientras que con la otra mano parecía indicarle un camino. Hasta ese día, y a diferencia de otros apostadores, Jota tuvo poca fe en los sueños; por eso le parecía tan difícil recordar cómo continuaba el de la mujer frente a su puerta. Sin embargo, la noche siguiente y las otras noches de esa semana soñó con la misma mujer en distintas situaciones; y cada mañana el esfuerzo por recordar lo que pasó se convirtió en ejercicio matutino.

“Hay números que me están rondando”, pensó, mirando el techo de su cuarto, mientras contaba distraída-mente las tablillas de la decoración. Contó 47,92, casi 48.

En otro de los sueños un taxi paró cerca de él. El chofer le abrió la puerta, y cuando se acercó para subir, vio que el chofer era la mujer del sueño anterior que le mostraba un número, igual que en los sueños anteriores. Era el 3681, escrito con bolígrafo en la palma de su mano. Después, en otros sueños, hubo números como el 3883 y el 5601, que lo inquietaron. Otra noche soñó que, al cruzar la calle, una moto lo atropelló. Recibió un golpe tan fuerte, que quedó tendido en el asfalto. Lo único que alcanzó a distinguir de la motociclista fue su cara. Era la misma mujer y el número que llevaba marcado en la parte de atrás del casco no estaba lejos de los anteriores, era el 5881.

Ese jueves en la noche, llevó su trabajo de contador para la casa, más con el ánimo de ver lo que pasaba fuera de los sueños, que de trabajar. Los números que aparecían en casi todos los papeles estaban cerca de los que había visto en sus sueños. “Todos giran al rededor del 4792”, concluyó.

Cuando se acostó no se podía quitar el número de la cabeza. “¿Qué estará pasando con ese número?, ¿será una fecha?”. “¿Cuatro de julio del noventa y dos?, o ¿abril siete del noventa y dos? O al revés, ¿septiembre dos del cuarenta y siete?, ¿febrero nueve del setenta y cuatro, o dos de septiembre del setenta y cuatro?”. Mientras calculaba, se quedó dormido. Esa noche soñó que estaba en una playa solitaria con la misma mujer, morena, alta, de pelo negro corto, de unos treinta años. Ella llevaba un vestido de baño rojo con soles amarillos de una sola pieza. Le gustó el vestido y alargó su mano para tocarlo, pero ella no dejó que alcanzara la textura de la tela y le señaló algo que había dibujado en la arena; era un número: el 4792. De repente, estaban rodeados de gente, pero ninguna de esas personas estaba vestida con ropa de playa; más bien parecían estar en una fiesta y él estaba allí en medio del corrillo en vestido de baño. Cuando buscó a la mujer del vestido de baño rojo, había desaparecido.

Se despertó temprano y volvió a revisar la hoja que había llenado la noche anterior con los números que lo venían siguiendo:

5881. 5601. 5803. 5683. 4792. 3681. 3883. 3603. 3801.

El número central era el del último sueño, en el que casi toca a la mujer. “Tal vez —pensó— ese número estaba buscando liberarse y no lo había logrado, por eso le mandaba mensajes con otros números”. “Es extraño, pero puede suceder”, pensó Jota esa mañana cuando revisó el periódico y vio que otras loterías distintas a la que jugaba siempre los viernes habían estado cerca. Ese día salieron el 5683 y el 3801. Era la primera vez que una cosa así le sucedía; había cuatro números atrapados y sintió la necesidad de liberarlos. Quedó más convencido de lo que le estaba pasando cuando iba camino de la casa de apuestas y por la ventana del taxi le pareció ver en la distancia el número, atrapado en la placa de un bus. Tuvo que apurar al taxista hasta casi hacerlo chocar

para que alcanzara el bus y confirmar, mientras esperaban que el semáforo pasara del rojo al verde, que el número a liberar era el 4792.

Y ese día lo jugó.

Cuando salió a la calle después de hacer su apuesta y se encontró en medio del tumulto de gente que iba de un lado para otro, se acordó de la mujer que lo había perseguido toda la semana en sus sueños y que él, con su manía de buscar lo que pasaba con los números, había dejado en segundo plano. Morena, alta, de pelo corto, de unos treinta años, fue la figura que recordó de ella. En ese momento todas las mujeres que pasaban a su lado se le parecían: las altas, las gordas, las bajitas, en todas veía a esa mujer que ahora, de un momento a otro, comenzó a intrigarlo. Al llegar a la esquina, volteó a la izquierda. Dos cuadras más allá de la venta de lotería, estaba la estación de metro, eran las cinco y media de la tarde. Las 17:30, marcaba su reloj digital, “pero no, ese no es el número de hoy”, dijo tranquilamente y siguió caminando por la acera hacia la estación. Un halo rojo con soles amarillos brilló a su lado. Mientras levantó los ojos de su reloj para ver de dónde venía el resplandor, lo único que alcanzó a ver fue la forma de un vestido femenino. Era la mujer. Era la misma mujer de la playa con un vestido igual al del sueño, que se le iba a ir, se le iba a perder otra vez, entre la multitud que a esa hora salía del trabajo. Ahora que la tenía cerca, en carne y hueso, no era posible que se le fuera, ella, que le había mostrado durante noches enteras, que había cuatro números atrapados, ella, esa mujer que iba allá adelante de él, la que le impuso la tarea de liberarlos. ¡Tenía que saber quién era, tenía que hablarle!

La mujer se desenvolvía bien entre la gente y la esquivaba sin complicaciones. Iba más rápido que Jota, que ya había tenido que pedir excusas por lo menos a tres personas en su afán por alcanzarla. A él, que nunca se le arribaba nadie a ofrecerle nada, hoy, por el contrario,

todos los vendedores ambulantes lo asediaron para ofrecerle cuanta cosa había que se pudiera vender como nueva. Por todas partes aparecían números que lo llamaban, que le hacían señas. Pero él no veía nada, tenía sus ojos puestos en el vestido rojo de soles amarillos que aparecía y desaparecía entre la gente. La vio entrar al metro y la perdió de vista por unos segundos. Cuando llegó a la puerta de la estación, la silueta roja estaba subiendo la escalera automática. Un muchacho, que servía de lazari- llo a un vendedor de lotería ciego, se atravesó en su camino y le ofreció un billete con el número que, según él, iba a ganar ese día. Jota miró el billete con el ojo izquierdo, mientras que con el derecho seguía los movimientos de la mujer. Cuando por fin se atrevió a mirar con los dos ojos el billete que le ofrecía el vendedor ciego, no se pudo sobreponer a la curiosidad de mirar los números de los billetes que estaban debajo del que le presentaban, se demoró sólo tres segundos que le parecieron una eternidad, pero que fueron suficientes para perderla de vista. La mujer ya no estaba ahí. Sintió que la había perdido y solo alcanzó a decir un ¡Gracias!, que el lotero probablemente no escuchó.

En la taquilla de entrada al metro había una fila de tres personas. Cuando llegó su turno pidió un tiquete doble. —Tendré que devolverme— dijo al muchacho que le entregaba su tiquete, justificando algo que ni siquiera él comprendió bien. Pasó la registradora y subió por la primera escalera hacia el andén donde llegaban y salían los trenes. Una vez arriba, recorrió toda la extensión del andén sin ver el vestido rojo. Cuando ya no sabía qué hacer y su desespero comenzaba a convertirse en frustración, alcanzó a divisar la figura femenina vestida de rojo con soles amarillos en el andén del frente; ella iba en la dirección contraria. Sólo pudo verla un instante; la llegada del tren que se dirigía hacia el norte, la desapareció de su mirada. Tomó un nuevo aliento. Corriendo,

alcanzó las escaleras, bajó lo más rápido que pudo, hizo los treinta metros del corredor que pasaba por debajo de los rieles para ir al otro lado en tiempo récord y subió de tres en tres escalones hasta el andén dirección norte. Al llegar allí, sonó el timbre de alerta que indicaba que las puertas del tren se cerrarían en diez segundos. Apenas alcanzó a subirse al primer vagón que encontró abierto. No vio a la mujer, pero estaba seguro de que los dos estaban en el mismo tren.

La puerta se cerró.

Respiró profundo, cerró los ojos y los dejó así unos momentos. Entonces vino a su memoria una película que había visto unos años antes, en la que unos agentes enemigos perseguían a una espía, también enemiga, en el metro de Nueva York. Los agentes iban de vagón en vagón, mostrando sus placas secretas a los asustados pasajeros, y cuando ya casi iban a llegar donde estaba la espía, el tren entró en una estación, paró y abrió sus puertas. Ella los vio venir pero se quedó quieta para que sus enemigos no la vieran. Los pasajeros que iban a bajar se acercaron a la puerta y eso impidió que los agentes llegaran hasta donde estaba la mujer. En el momento preciso en que las puertas se cerraban, la espía bajó del tren. Sus perseguidores no pudieron bajarse. Ella los buscó por las ventanas del tren, y cuando los encontró les hizo un gesto desde el andén doblando el brazo derecho con ayuda de la mano izquierda...

Jota abrió los ojos cuando el tren entraba en la estación siguiente. "No me puede pasar lo mismo que a los tipos de la película", insistió en su pensamiento. Bajó del tren apenas las puertas se abrieron para dejar paso a otros pasajeros y para vigilar si la mujer del vestido rojo con soles amarillos se bajaba también, pero no bajó, y Jota se subió otra vez con los pasajeros nuevos. No se decidió a cambiar de vagón y buscarla en otro, porque no sabía si ella estaba en los de adelante o en los de atrás

y prefirió esperar a que ella hiciera el primer movimiento. Mantuvo los ojos bien abiertos buscando cualquier reflejo de color rojo entre los pasajeros, pero él no veía sino números. La camisa del vecino tenía cuatro colores. Una publicidad que había encima de la ventana del vagón tenía una sola palabra de siete letras: "Modelar". En el fondo del pasillo venían nueve niñas de uniforme café y verde, gritando. Una señora, ya mayor, traía dos maletas. Sólo veía números. "¿Cuántos soles tendría el vestido rojo?", no había tenido hasta ahora la oportunidad de contarlos. La voz que anunciaba que el tren estaba entrando a otra estación lo sacó de sus pensamientos. Repitió la misma acción de la vez anterior: bajó, miró y nada, el vestido rojo no se veía por ninguna parte. Hizo lo mismo en las siguientes seis estaciones; la mujer no se bajó. Al llegar al terminal miró de nuevo su reloj, las 18:15. "¡Qué número! —pensó—, pero no me sirve hoy". Escuchó la voz del altoparlante que decía: —Terminal, última estación. Todos los pasajeros bajan. Repito: todos los pasajeros bajan. Última estación.

—Aquí se tiene que bajar —le dijo el hombre de la camisa de cuatro colores, que estaba detrás de él y lo empujaba. Jota bajó al andén buscando la puerta de salida con la mirada. "Por allá tiene que pasar". Había una puerta a cada extremo del andén y él no sabía para dónde mirar. Pasaron unos veinte segundos. En el tren venía todavía mucha gente y era difícil distinguir algo a esa distancia. Por fin la vio en la puerta de salida, pero muy lejos, a unos treinta metros de él. Estaba allá, lejana, al lado de la puerta. Ella paró un instante y miró hacia el lugar donde Jota se encontraba. Sus miradas se cruzaron o por lo menos eso pensó él, y ella desapareció. Jota se abrió paso difícilmente por entre la gente, llegó a la puerta de salida, bajó las escaleras, pasó la máquina registradora, llegó a un salón grande que parecía como el

hall de entrada de la estación, bajó otras escaleras y salió a la calle. Miró a lado y lado y, ya en la oscuridad de la noche, no la vio.

Tuvo una sensación de impotencia tan grande que sintió deseos de sentarse en la orilla de la acera a llorar. No sabía qué hacer, perdió su rastro y no tenía a quién preguntar por ella. Unos metros más allá de donde estaba había un vendedor de cigarrillos con su mercancía en un mueble recostado contra el muro de la estación. Jota lo vio después de un momento de estar allí perdido sin saber para qué lado ir. Se acercó y le preguntó: —Señor, usted vio salir de la estación a una mujer con vestido de tela roja y soles amarillos, no sé cuantos, muchos...—. Jota se quedó callado y no continuó su frase. El vendedor esperó que siguiera hablando, sin decir nada. Cuando Jota pudo hablar de nuevo, su mirada estaba fija en un billete de lotería que colgaba de un gancho para papeles. —¿De dónde sacó ese billete de lotería? —preguntó. —Lo compré —respondió el hombre—, pero si quiere, se lo vendo; también vendo lotería. —Y ese número, ¿tiene otros números? —No —respondió el hombre—, tenía el 0816 pero una mujer vestida como la que usted me pregunta lo compró hace un momento y me dijo que si un hombre venía, preguntaba por ella y me compraba el 4792, que es el último que me queda, le dijera por dónde se había ido. —Dígame por dónde —ordenó Jota. —No señor, primero me compra el billete —contestó el vendedor. Jota lo compró y lo puso en el bolsillo de su camisa, junto con el otro billete. —Ahora sí, dígame —insistió amenazante—. ¡Es urgente!—. El hombre guardó la plata del billete en el bolsillo y le señaló hacia el fondo de la calle: —Siga hacia allá dos cuadras; al llegar a la casa de balcón pintada de azul, suba a la izquierda otras tres cuadras; en esa esquina hay una tienda; cuando llegue ahí, pregunte al dueño dónde queda la casa marcada con el número 47-92; creo que es por ahí

cerca —terminó el vendedor. Jota no dijo ni gracias. Salió corriendo hacia donde el hombre le había indicado; mientras tanto, decenas, centenas de pensamientos golpeaban su mente, su respiración se agitaba a medida que avanzaba; imaginó el nombre de la mujer. “Tal vez Tania, como la espía de la película”. “¿Cuántos años tendrá, será casada?”. Pero ese no era el momento de hacer esas preguntas, estaba sólo a unos metros de tenerla frente a frente y no iba a detenerse en preguntas inútiles. Llegó a la tienda jadeando. El dueño, un señor gordo, de gafas pequeñas y con tres pelos en la cabeza, lo miró por encima de la montura y guardó silencio; parecía como si lo estuviera esperando. —Tómese un vaso con agua —le dijo—, usted parece venir de una carrera—. Jota no lograba decir nada, las palabras se le enredaban en los labios. Tomó un sorbo de agua, respiró profundamente y preguntó: —¿Dónde queda la casa número 47-92?—. Después de un momento, el tendero le dijo: —Es la tercera casa por la acera del frente hacia allá —y con la mano señaló hacia la derecha—, pero allá no hay nadie. —¡No es posible! —respondió Jota—. Me acabaron de dar esa dirección, en esa casa vive una mujer joven que acabó de llegar del centro. —Vivía una mujer joven —le contestó el tendero—, pero ella y su familia se fueron de ahí desde el cuatro de julio del noventa y dos; me acuerdo de la fecha —continuó el tendero—, porque ese día fue día de fiesta—. Jota no sabía qué hacer. Salió de la tienda sin abrir la boca y fue hasta la casa. Era una casa de dos pisos, con dos balcones, cinco ventanas cada una de dos alas, con tres divisiones. “Esa manía de los números”, pensó Jota, parado frente a la casa a oscuras. Tocó tres veces y esperó, volvió a tocar otras tres veces y volvió a esperar. Tocó así muchas tres veces más y nadie salió. Efectivamente, no había nadie en esa casa. Se quedó parado allí, como sin sentido; no se dio cuenta cuándo pasó el tiempo.

Lo despertó el silbato del celador al amanecer.

Jota estaba recostado contra la puerta de la casa, se había quedado dormido, esperando sin darse cuenta. —Me dio lástima despertarlo —le dijo el celador—, parecía como si usted estuviera soñando algo muy agradable, se reía y hablaba con alguien, tal vez con una mujer porque parecía feliz y sus manos hacían gestos de acariciarla. Pero como está amaneciendo, me decidí y lo desperté. Váyase ya para su casa y siga su sueño allá, que aquí está haciendo mucho frío.

—Adiós —terminó diciendo el celador y siguió pitando hacia la cuadra siguiente.

Jota regresó lentamente hasta la estación del metro. Cuando llegó al puesto de cigarrillos, había otro vendedor, era un muchacho que apenas lo vio le ofreció el periódico de la mañana.

—El que trae las noticias frescas —le dijo.

Jota lo recibió y buscó en la cuarta página, la de las loterías, la que siempre compraba los viernes, esperando tener el número ganador. En el recuadro, debajo de donde estaba escrito Premio Mayor en letras grandes, aparecía el número 0816.

Que la función comience

F_{in}.

Las letras blancas aparecieron en la pantalla y se fueron haciendo pequeñas rápidamente, tan rápido que a los dos se les ocurrió pensar que todavía no había llegado el fin. La sala llena quedó en la más completa oscuridad, con todos los presentes en sus butacas esperando que el operador prendiera las luces. Todos esperaron en silencio.

Ella puso la mano en su brazo y tanteó en la oscuridad hasta tomar la de él. Él no hizo ningún movimiento, tampoco hizo ademán de apretar la que acariciaba la suya, pero ella sí lo hizo y tomó su mano entre las suyas. El brillo de las letras en la pantalla apenas iluminaba sus caras.

Ella dijo en voz baja: —¿Nos vamos?, la película se acabó.

—No —repondió él—, espera un momento.

Su perfil y la lágrima que rodó por su mejilla brilló con el tenue reflejo de la pantalla.

—¿Por qué lloras? —preguntó él, susurrando en su oído.

—Porque yo sé que tú no harías nunca eso por mí.

—¿Qué? ¡Pero era sólo una película! —respondió él, mientras intentaba liberar sus manos aprisionadas por las de ella. Entonces se escuchó una voz desde el otro lado de la sala:

—¿Por qué no prenden la luz?—. E insistió aun más fuerte: —¡Prendan la luz!

Él se paró, para ver quién había gritado, pero no vio nada, la oscuridad era densa.

—No vayas a decir nada, que nos va a reconocer todo el mundo —dijo ella intentando mantenerlo en su puesto. Una voz femenina vino de las primeras filas: —¡Llaman al operador!

El grupo de estudiantes que estaba en la parte de atrás comenzó a golpear las bancas y a cantar: —¡Ooperador, opeeradooor...! ¿para dóónde te llevaste la luz...?

—¡Silencio! —tronó una voz por el micrófono del operador—. No se muevan, los técnicos vendrán pronto.

Y repitió: —Quédense en sus puestos. ¡Es por su seguridad!

Él perdió la noción del tiempo. La palabra "Fin" ya era casi ilegible en la pantalla.

Allí sentado escuchó murmullos y movimientos, creyó ver sombras que corrían pero se quedó quieto en su puesto. —Ya es hora de que alguien venga a arreglar esto —dijo ella, y se aferró más a su brazo. Él iba a responder pero sintió que otra mano lo cogía por el brazo y una voz desconocida murmuró a su oído: —Iremos hasta la puerta de entrada a ver lo que pasa allá; cuídenos los puestos, no deje que nadie se sienta aquí—. Pasó más tiempo, se escucharon algunas voces, el cántico de los estudiantes y el ruido de bombillos que se rompen. Las carreras y los movimientos en la oscuridad parecían unas veces cerca y otras del otro lado de la sala. Él no se movió de su puesto, se había comprometido a cuidar los de sus vecinos —dijo— y con tranquilidad agregó: —No te preocu-

pes, tal vez es un efecto publicitario anunciando la próxima película. Cuando termine, nos vamos,

—¡Acuérdate de nuestro compromiso! —le respondió ella duramente.

—Claro que me acuerdo del compromiso, no lo he olvidado —dijo él—, pero eso no quiere decir que me olvide de la oscuridad, ya no alcanzo ni siquiera a ver lo que hay en la pantalla—. Por todos lados en la sala, se escuchaban voces, gritos de dolor y ruidos de combate. A partir de ese momento se hizo claro que había dos grupos: unos atacaban la oscuridad y otros la luz. Poco después crearon otro grupo, y más adelante otro y otro más, hasta que nadie supo ya cuáles eran los que atacaban lo uno o defendían lo otro.

Ella apretó más su brazo y le dijo: —Si el próximo estreno va a ser así, no vengo.

Él sintió el bulto que se aproximaba cautelosamente por su lado izquierdo: —Ya no tiene que cuidar los puestos, mis compañeros no van a volver —dijo—. Si quiere puede venir conmigo.

—¿Adónde? —preguntó.

—No importa —le respondió el bulto—, yo iré por los lados de las primeras filas, parece que allá hay amigos y estaremos protegidos y tranquilos.

—¿Y cuánto va a durar esto? —volvió a preguntar en voz baja.

—No sé, dicen que el que arregla la situación es el operador, pero no ha dado señas de que pueda hacerlo. Si quiere, sígame. —Somos dos —respondió él. —No importa —dijo el bulto, y se fueron los tres agachados por el corredor hacia la oscuridad.

—¿Cómo va todo? —preguntó el director general, mirando hacia la sala por la ventanilla de la sala de proyección. —Bien, señor —respondió el operador—, algunos insumisos se protegieron en las bancas de adelante, pero les lanzamos una andanada de oscuridad profunda y los logramos aplacarlos.

La sala quedó en silencio.

Afuera, la fila de espectadores esperaba para entrar a la función siguiente.

—¡Completo! —dijo la empleada de la taquilla—, ya no quedan más entradas.

—Estamos listos —respondió el operador desde la puerta de la taquilla—. El último grupo fue el más difícil, pero al fin todo está en orden—. Entonces salió, se paró frente a la fila de espectadores que esperaban su turno para entrar y dijo:

—¡Que entren los siguientes, la función va a comenzar!—. Y se dispuso a recibir las entradas.

Espero tu llamada

Por aquellos días tenía mi estudio en el cuarto piso de una casa vieja en el centro de la ciudad. Hacía frío, el invierno estaba cerca y las calles reflejaban las lluvias del otoño. —Es mejor estar adentro cuando los días son cortos y las noches largas —dicen en este país...

Ésta era época para hacer como ellos dicen.

Una tarde, ya casi noche, estaba concentrado trabajando en un autorretrato que tomaba algo de una taza con flores azules. Su sombra, mi sombra, la sombra del autorretrato, se proyectaba sobre una pared que, de seguir así, llegaría a ser verde. A esa hora, cuando ya no es de día pero tampoco es de noche y con el frío que hace afuera, la nostalgia aparece por todos los rincones; entonces, es fácil recordar otros días de sol y calor y hasta soñar con una playa por allá lejos, lejísimos.

—¡Claro!... La luz de un momento en la playa. ¡Ahí está el cuadro!

Sonó el timbre.

Me entusiasmé tanto con el descubrimiento que no lo escuché.

Sonó el timbre por segunda vez.

Y rápidamente sonó por tercera vez.

“No debería bajar a abrir. A quién se le ocurre timbrar justamente en el momento en que encontré la luz, los colores, la música, el trópico y todo eso. Cómo voy a parar ahora; no es posible”.

“No abriré. Si alguien dice que vino a verme, responderé que no estaba, que había salido. Pero... las luces prendidas, se van a dar cuenta de que estoy aquí”, pensé.

“Bueno, me esperarán. Todo el mundo sabe que bajar cuatro pisos toma su tiempo”.

Sonó el timbre por cuarta vez cuando estaba llegando al corredor del primer piso. La luz del apartamento del señor Verpillat iluminaba tenuemente por debajo de su puerta.

—¿Por qué no habrá salido a abrir él? —dije en voz baja.

La puerta de su apartamento se abrió y, desde la oscuridad, Verpillat dijo: —Trate de bajar más rápido la próxima vez, no haga esperar a la gente, sobre todo si es un probable comprador—. Hizo un gesto de saludo y despedida a la vez, como era su costumbre, cerró suavemente su puerta y el corredor quedó otra vez casi a oscuras.

Sonó el timbre por quinta vez.

—Hermano, nos invitaron a una fiesta —dijo mi amigo Ramiro, apenas entreabrí la puerta.

Ni siquiera la había abierto del todo y él ya estaba parado en el corredor frente al apartamento de Verpillat mostrándome la invitación que le había llegado de la Embajada.

Le hice una seña con mi mano para que bajara la voz y subimos.

Cuando llegamos al cuarto piso, Ramiro se paró en la puerta y dijo:

—¡Qué retrato, hermano!, pero esas frutas se van a madurar antes de que termines de pintarlas.

—¿Cuáles frutas? —pregunté, pues allí no había todavía ninguna fruta...

Ramiro trataba de hacerme ver todo el trabajo que me faltaba. Entonces como si los dos estuviéramos mirando un enorme frutero lleno de especies exóticas y tropicales de todos los colores y sabores, le respondí:

—No creas. Vas a ver que apenas estarán a punto cuando las termine.

—Cuando ese cuadro tan grande esté terminado a punta de lápices de colores, las fruticas van a estar maduras hasta la tercera generación—. Y agregé, sabiendo que lo que iba a decir nos iba a tomar bastante tiempo: —¿Y quién sabe a dónde iremos a parar hoy?, con despedida de embajador, discursos, baile, mujeres y todas esas cosas. No creo yo —siguió él—, que esta noche vaya a haber mucho trabajo sobre ese cuadro.

Hacía frío en la estación del tranvía. Por culpa del frío y no por la hora, había poca gente en el andén. Esperamos unos diez minutos y subimos en el primer tranvía que pasó...

—Al menos para que nos lleve hasta una estación subterránea, donde tengan calefacción —dijo Ramiro.

—Es lo que necesitamos —le respondí—, el calor, pero no de la calefacción.

Y me quedé pensando para mí: “necesitamos el calor de la luz que está en el cuadro integrado a otra luz que se vuelve más intensa, ¿habrá nubes, habrá un cielo azul? El suéter rojo que empezaba a tener en el retrato, tendrá que desaparecer a medida que el ambiente se vaya haciendo más cálido...”.

—Vamos para un club, en la misma calle de la estación Congreso —dijo Ramiro...

Y afaná: —Rápido, hermano, pasemos al otro lado de los rieles y esperemos el tranvía allá...

Cuando llegué al otro lado del muelle, el tranvía marcado Congreso estaba entrando en la estación y apenas tuve tiempo de sentir cómo un cielo luminoso se me venía encima desde una de las vallas publicitarias que ha-

bía en el andén donde paran los tranvías. Nos subimos al tranvía. Vi cómo el cielo y la playa se alejaban, se quedaban en la estación, mientras nosotros entrábamos en la oscuridad del túnel. Unos minutos después, Ramiro, sentado a mi lado, dijo:

—Llegamos, estamos retrasados y esa fiesta va a estar... —se saboreaba cada una de las sílabas de la palabra— isa...bro...sa...!

Cuando el conductor abrió las puertas para que los pasajeros bajaran, yo venía tan distraído pensando en el cuadro, en el cielo, en su calor que parado en el estribo del tranvía, mi mente estaba en otra parte, y cuando vi que, en frente mío, se repetía una fantástica playa que me llamaba y se movía como invitándome a entrar en ella para que no la dejara fuera de mi cuadro, ¡no hice nada más!; me quedé ahí esperando la invitación para bajarme de donde estaba y montarme en esa playa que me hacía señas y me llamaba. Era la misma valla publicitaria que había visto en la estación anterior, pero ésta tenía algo distinto: me llamaba, me hacía señas...

El pito de alarma del guardián del muelle y los gritos de Ramiro me sacaron de la playa y me pusieron de nuevo en la realidad del momento, íbamos camino a la fiesta de la embajada y la noche era fría.

Había mucha gente a la entrada del club.

No era muy frecuente que un homenaje de despedida a un embajador fuera tan concurrido. Debo aclarar que el homenaje no era para el embajador, sino para el cónsul que, en este caso, equivalía como a un encargado de cualquier cosa; aunque pensándolo bien, todavía hoy me pregunto de qué cosas podría estar encargado ese señor. Yo no estaba muy entusiasmado con el homenaje. Sin embargo, lo que me atraía era la fiesta, pues la oportunidad de estar con gente que llevaba adentro el calor del trópico sólo podía ser beneficioso y, mejor aún, contagioso. Lo que yo necesitaba en ese momento era un calor de esos, del que a ellos les sobraba.

Ramiro estaba con ganas de entrar a la fiesta, de ver las mujeres de cerca, invitarlas a bailar o a tomarse un trago. Estaba en su salsa. Saludaba a izquierda y derecha, era amigo de todo el mundo. Entramos lentamente por un corredor amplio de techo muy alto con adornos de estilo. Me imagino que para recordar nuestro origen tropical, los organizadores de la fiesta tuvieron la idea de poner una palmera al final del corredor, un reflector en el piso proyectaba la silueta del tronco con su corona de hojas en el techo. Al paso de los invitados, un movimiento como de brisa de mar dejaba la sensación de que la palmera reflejada estaba realmente a merced de la brisa de la playa. Esa era la palmera, la que se inclina según la dirección del viento que pasa como gente a su lado.

—Dos whiskies, señorita —dijo Ramiro a una muchacha vestida de negro con adornos color plata que estaba de espaldas a nosotros al otro lado del mostrador del bar.

Y agregó en voz alta, con la esperanza de que se diera cuenta de que hablábamos de ella, que estábamos esperándola: —¡Elegante, muy elegante!... Seguramente eres una de las colaboradoras de las Amistades Internacionales. ¿Conoces a Astrid?... ¿Cómo te llamas?

Extrañamente, no había mucha gente cerca del bar en ese momento y la muchacha podía dedicarnos algo de su tiempo. Ella se volteó y dijo secamente, ignorando la pregunta: —¿Ustedes tienen autorización para pedir whisky?—. Ramiro, dueño de la situación, sacó la invitación del bolsillo de la chaqueta contra el frío que todavía tenía puesta, la mostró y dijo:

—Yo soy amigo personal de Carlos. Pero no me has contestado... ¿Cómo te llamas?, nunca te había visto por aquí... ¿Eres nueva?—. La muchacha, muy seria, respondió: —Dos whiskies—. Los puso sobre el mostrador y agregó: —Vengo muy poco por aquí—. Ante la respuesta, Ramiro sintió que se abría la oportunidad para iniciar un acercamiento y preguntó: —¿Para dónde se fue

todo el mundo, será que se quedaron afuera...? A mí... —agregó como haciendo un secreto entre nosotros tres— me gustaría que no viniera nadie más y que nos pudiéramos quedar los tres aquí conversando bien bueno...—. Mientras hablaba, me dio un golpe con su zapato sin que ella se diera cuenta y me hizo una seña como quien dice: —¿Sí o no?

—Deben estar en el auditorio, los discursos serán allá —respondió la muchacha del vestido negro en el mismo tono seco que ya le conocíamos... —¿Cómo te llamas? —insistió Ramiro.

Ella, secamente como siempre, contestó: —María María.

Y enseguida le puso llave a un mueble que parecía ser el lugar donde guardaban las existencias del bar; salió de detrás del mostrador y, sin mirarnos, dijo al aire:

—Me voy al auditorio.

Durante todo el monólogo de Ramiro frente a María María, estuve tomando mi whisky despacio, trago a trago. Ella no se dio por enterada de mi presencia. Pero no importaba, pues yo... ya tenía el cielo, la palmera, el viento, el sonido del viento, inclusive yo estaba en esa imagen de paraíso tropical; pero todavía faltaba algo y hasta el momento no había podido descubrir qué era, ¿tal vez la música?

El auditorio estaba lleno. Desde la puerta escuché algo de los discursos y los aplusos. El cónsul, Carlos, como le decía Ramiro, agradeció, lloró y se despidió de todos; lo único que alcancé a escuchar, desde el lugar donde me encontraba, fue: —Perdonen lo malo...—. Y a partir de ese momento, su voz se desvaneció para mí entre las voces del público.

Entonces vi a María María que salía calladamente por uno de los costados de la sala, pasó a mi lado, seguía sin verme, atravesó el salón, la seguí con la mirada hasta que fue a ocupar su puesto frente al bar.

Después vino Ramiro hasta donde yo estaba y me dijo: —Te invito a otro whisky. —Dos whiskies —pidió cuando llegamos al mostrador. María María comenzaba a estar un poco atareada con la llegada de otros invitados y nos sirvió nuestros tragos con prisa. Los invitados pedían de todo: unos whisky... los que eran amigos del cónsul, otros... aguardiente, porque, o eran menos amigos o no había whisky para ellos. Mientras Ramiro estaba por todos lados, hablando con unos, bailando con otras, saludando a los importantes, yo me quedé al lado del bar. María María no se dio cuenta en ningún momento de la fiesta que yo estaba ahí, componiendo la marea, la playa y las palmeras que se mueven al ritmo del viento, como debían estar en el cuadro.

Ramiro se acercó varias veces, y cada vez que lo hizo pidió otros dos whiskies...

Ella nos miraba como esperando que cada trago fuera el último, pues siempre que Ramiro se acercaba le hacía una invitación distinta: unas veces a otra fiesta; otras, al zoológico; o le decía que le diera el teléfono, que la llamaría al otro día...

Bien entrada la noche, cuando la fiesta estaba en todo su furor, Astrid, la directora de las Amistades Internacionales, se acercó a la barra del bar donde me había atrincherado desde el principio de la fiesta y me habló a mí, pero mirando a María María: —¿Ya se conocen?

Respondí con un... “no” rápido, mientras María María dijo: —¡sí!

—¿Cómo? —preguntó Astrid.

—¡No te creo!, cómo no vas a conocer a Francisco. Él es la persona que nos ha colaborado con los últimos números del periódico—. No sé si María María me vio, pero desde el otro lado de la barra del bar dijo, mientras servía tres aguardientes: —¡Muy bueno! ¡Felicitaciones!

Efectivamente, yo colaboraba ilustrando las cubiertas del periódico de las Amistades Internacionales y eso me

había acercado a algo que sentía mío, pero distante; hacía mucho tiempo me había alejado de esta gente, de su trópico, de su calor, de sus perfumes y colores y ahora que deseaba regresar me estaba costando más trabajo del que pensé.

La noche era intensa; por momentos yo sentía que iba y venía, que el cuadro de mi estudio con la playa, el sol, la música, el viento y mi autorretrato se detenían, se paraban y no iban a evolucionar más; inclusive me pareció que la fiesta se detenía también, la gente que bailaba en el salón del fondo estaba muy lejana, como su música y la gente que había en el bar parecía como jugando estatua, solamente escuchaba un murmullo generalizado, mientras María María en el bar parecía tan lejana como todos los otros. Sin embargo, había momentos en que la alegría de algunas conversaciones o la nostalgia de otras me devolvían al cuadro en mi estudio con más fuerza.

—Hermano —me dijo Ramiro—: Jorge nos está invitando a una reunión en casa de unos amigos... él es amigo de María María y va a ir con ella... —agregó.

—Espero que no sea la encargada del bar allá también —les dije.

Como ya estábamos en familia, pedimos, o mejor, Jorge pidió: —Tres whiskies... para el frío del camino.

—Parece que toda América Latina vive a nivel del cuarto piso por estas tierras —dijo alguien del grupo mientras subíamos las escaleras del edificio donde vivían los amigos de Jorge. En comparación con el descanso al frente del apartamento de Verpillat y su lucecita por debajo de puerta, el lugar donde estábamos era moderno, con escaleras amplias, bien iluminadas y espacios generosos. Cuando llegamos al apartamento, ya todos los invitados estaban allí, faltábamos sólo nosotros. El apartamento era amplio, decorado con adornos mexicanos y centroamericanos, unos sillones a la izquierda de la entrada y, hacia el fondo, un salón que servía también de comedor

con un ventanal de muro a muro que miraba sobre los patios de los edificios vecinos. Era tarde, muy tarde y a través de la ventana se podía ver el frío afuera. Mientras la gente se acomodaba, me distraje mirando los cuadros colgados en el salón. No recuerdo en este momento los nombres de nuestros anfitriones; hace tiempo que esto sucedió, pero fue allí, en su apartamento, donde esa noche encontré lo que buscaba, la solución no sólo al cuadro que estaba pintando sino a muchos otros cuadros que pintaría a partir de ese día, o mejor, de esa noche. Hoy creo que lo mejor será llamarlos Frida y Diego, porque me es difícil encontrar otros nombres más mexicanos. Me distraje, mirando los cuadros que había en el salón. La Revolución estaba representada en algunas aguafuertes iluminadas por una lámpara de mesa que, por encontrarse más bajita, les dejaba una luz dramática. Me encontré un cuadro pintado por el dueño de casa, un mercado de domingo, probablemente en Chapultepec; y me encontré también un cuadro pequeño, una miniatura, un paisaje, pero no era un paisaje donde los elementos estaban representados de una manera realista: el cielo cielo, el mar mar, la tierra tierra, ¡no! Era, me pareció en ese momento, el interior del paisaje, era lo que el pintor sintió cuando lo pintó, los colores, la intensidad que había en la parte superior, eran la confirmación de un sentimiento de grandeza en el espacio y el horizonte, representaban la pasión de lo que comienza... Y allí me quedé, como esperando a ver qué pasaba, a ver si el cuadro en miniatura me enviaba otra señal. Tal vez estaba pidiendo demasiado, el cuadro ya me había mostrado lo que llevaba adentro. Pero la señal llegó...

—Francisco —escuché a mis espaldas—, ¿te quieres sentar aquí? Mira, hay un puesto...

Me quedé parado en el mismo punto donde estaba, sin moverme, sin siquiera voltearme, pues no lograba

regresar de mi abismo: primero, porque me estaba costando un trabajo enorme salir del paisaje miniatura, estaba en él, en su espacio, en su tiempo y en su voz. Y segundo, porque quien me llamó y me indicó el lugar en la reunión era María María... Entonces, ella repitió, como si yo no la hubiera escuchado...: —Francisco...

Salí del paisaje, volví a donde estábamos reunidos y me encontré con la sonrisa de María María que me señalaba un lugar en el círculo, frente a ella.

Me senté en el lugar que me indicó, justo en el momento en el que Diego hablaba de su deseo de dedicarse más tiempo a escribir cuentos que a pintar porque, según él, la escritura le permitía desarrollar lo que había aprendido a ver con la pintura. Preguntó si queríamos escuchar uno de sus cuentos. Hubo una aprobación general. Mientras fue a buscar los textos, tuve tiempo de observar a mis vecinos, que a esa hora de la noche estaban más alegres, inclusive mi vecina del frente, sentada al lado de su compañero. Un aire de lejanía, de indiferencia me dio la sensación de que ella preferiría estar sentada en otro lugar en la misma reunión, probablemente a mi lado, ¿por qué no?

La lectura se hizo. Diego era un buen lector. La trama de su cuento me hizo imaginar un México árido, en llamas, mezcla de revolución y de partidos políticos institucionalizados. Había algo allí del colorido que ya había visto en el cuadro del mercado de Chapultepec. En un descuido de la lectura, una mirada de María María se cruzó con la mía y volví a sentir esa misma sensación de lejanía en ella, pero, curiosamente, la sentí cercana, a mi lado. El cuento llegó a su final. Los invitados comenzaron a despedirse. Seguramente tenían cosas para hacer en las horas siguientes y la noche había sido larga.

María María se acercó a mí, me estrechó la mano, me dio un beso en la mejilla, y cuando pensé que se alejaba, me dijo, entregándome un pequeño papel doblado a la mitad:

—Éste es mi número de teléfono, llámame...—. Yo dudé, pensé preguntar algo, pero ella no me dio tiempo de hacerlo y repitió: —Llámame.

Cuando llegamos a mi estudio, estaba amaneciendo. Quise abrir la puerta, pero se abrió antes de que pudiera poner la llave en la cerradura y apareció el señor Verpillat, quien, como era su costumbre, saludó y se despidió con un solo gesto y se fue por la calle de La Gran Torre hacia la Plaza Central.

Esperé hasta el medio día para llamarla. No imaginaba lo que podría pasar, pero la llamé.

Al terminar de marcar los siete números de su teléfono, una voz metálica al otro lado dijo:

—El número que usted ha marcado no ha sido atribuido...

Y repitió...: —El número que usted ha marcado no ha sido atribuido...

Y repitió...: —El número...

Cuando la luz cambie a verde

La luz pasó de amarillo a rojo, justo en el momento de llegar al semáforo.

Como siempre mientras esperan el cambio de luz, los conductores se miran por el rabillo del ojo. Es instintivo el deseo de saber quién está ahí, en el otro carro, al lado.

¡Claro!, eso es mejor saberlo sin que el otro se dé cuenta, aunque ambos saben que están haciendo lo mismo.

Él lo sabía y sin embargo miró hacia su derecha en el momento de frenar; no hizo un solo gesto, no hizo un movimiento que lo delatara; en el otro carro había una mujer en sus treinta, probablemente llegando a sus cuarenta; manejaba un carro rojo de modelo reciente, como nuevo. Ella también miró de reojo pero se volteó inmediatamente, justo antes de que se cruzaran sus miradas. Él creyó ver en ella una cara conocida, un perfil que había visto en otra parte. Y se atrevió a mirar de nuevo, rápidamente. Cuando ella volvió su mirada al frente quedó paralizada; no era posible que fuera él, después de tantos años sin verlo. ¿La reconocería?

“¿Será ella?”, pensó él, y con mucho cuidado la volvió a mirar. “¡Sí!, es muy parecida, aunque con algunos años más pero igual de bonita. Ella no miró más hacia su

izquierda y deseó que el semáforo cambiara en ese mismo instante. Le bastó menos de un segundo para percibir su figura, para reconocerlo: más viejo, un poco más gordo, pero era el mismo, esa expresión no iba a cambiar nunca.

“Tiene figura de señora casada”, pensó él, haciendo un gran esfuerzo para no quedarse mirándola fijamente. “¿Habrás estudiado alguna carrera? ¿Con quién se habrás casado?”. Las preguntas se apretujaban en su mente. Ella cerró los ojos y recordó el día en que se habían conocido en la fiesta de celebración de fin de año del colegio. Intentó borrar ese recuerdo, pero persistió y se vio bailando alegremente con él ese día, el mismo en que decidieron que no se separarían ya nunca más. Él no sabía si debía quedarse concentrado en la luz del semáforo, que todavía estaba en rojo, o mirarla, sólo hacerle un gesto para que lo reconociera, pero no se atrevió y siguió mirando al frente, con sus ojos pegados a la luz roja, a pesar de que quería decirle que lo que había pasado no fue su culpa. Ella, en ese instante, recordaba todo lo que hubo entre los dos: la timidez de los primeros días, después el amor que lo invadía todo, que no dejaba espacio para nada más, las discusiones, los amigos, esa juventud que quería todo, a toda velocidad. Él no podía imaginar que después de tantos años sin verla, sin haber tenido la oportunidad de explicarle lo de aquel día, la volviera a encontrar en un momento así, esperando que cambiara un semáforo. Ella recordaba el día, la hora, hasta el momento en que lo vio por última vez, inclusive, recordó lo último que le escuchó decir: —Hasta mañana, vendré por ti a las once—. Y no volvió nunca más.

Él, después de dudarle un poco, decidió hacerle una seña, algo que llamara su atención. Acercó decidido su mano a la perilla para bajar el vidrio del lado del pasajero de su carro, pero en ese instante un motociclista pasó entre los dos y su impulso quedó interrumpido, su mano

se detuvo en el intento y él volvió de nuevo su mirada al semáforo. La luz seguía en rojo.

Ella lo esperó el día de la última cita. Primero se enojó por su incumplimiento, después se preocupó por su ausencia, y cuando supo que no volvería, que se había ido del país, se acostumbró a su ingratitud. “¿Qué hago? —pensó él—, no me va a creer, yo no tuve nada que ver con mi partida, simplemente eran otras épocas, y yo tenía que hacer lo que tenía que hacer”. “Está bien —trató de justificarse—, debí contarle con quién se estaba relacionando, pero no, tampoco me lo hubiera creído”.

“Estoy segura de que me engañó todo el tiempo, con seguridad prefirió irse para otra parte, porque no creía en mí”, pensó ella aferrada al timón de su automóvil nuevo, el que le había regalado su esposo por el día de su cumpleaños. “Si supiera que estoy cumpliendo años hoy... Ni se debe acordar”. Él volvió de nuevo su mirada al frente. El semáforo estaba en rojo. “¡Qué eternidad!”, pensó y miró su reloj. Habían pasado apenas unos momentos, pero era como si toda una época de su vida se hubiera proyectado como una película frente a sus ojos.

Se recordó joven, en el momento de despedirse, el último día que habló con ella. En ese preciso instante, él no sabía que al otro día, que esa misma noche, iba a estar en otra cosa, iba a estar en lo que fue entrenado para hacer, pero ella no podía saberlo. Apenas recordó a su esposo y a sus hijas, ella concluyó que si no hubiera sido por él, el hombre que estaba en el carro de al lado, ella no hubiera construido la familia que tenía hoy y tal vez hubiera acabado como una gitana corriendo de un lado para otro, detrás de un hombre que podía dejarla en cualquier momento, sin decirle nada.

“¿Qué hago? Necesito que ella me escuche”. “Pero no... Tal vez sea mejor dejar las cosas como están, ella tiene su vida, yo tengo la mía”. “Me hubiera gustado decirle algo. Pero, ¿qué?”.

Ella mantuvo sus ojos cerrados todo el tiempo y sólo los abrió cuando el carro que estaba detrás del suyo pitó para indicarle que el semáforo estaba cambiando. Tuvo que esperar un momento antes de arrancar y cuando lo hizo comprobó que el carro del lado no arrancó al mismo tiempo que el suyo. Él decidió dejar que se fuera adelante. La corriente del tráfico lo llevó casi a la altura de ella durante unas tres calles, pero él trató de ir más despacio.

“Ya vivimos las vidas que nos tocó vivir y no seré yo quien vaya a cambiarlas”, pensó decidido.

Cuando encontraron el siguiente semáforo, estaba en amarillo y pronto pasaría a rojo. Él disminuyó la velocidad y ella pareció acelerar.

Ella pasó con la luz todavía en amarillo.

Él se quedó en la luz roja y la miró alejarse hasta perderla de vista entre el tráfico.

El álbum

Ella era indudablemente una mujer de carácter, acostumbrada a mandar desde su juventud; todo el mundo tenía que obedecerle; y mandaba, no porque hubiera tenido alguna preferencia de sus padres sino porque se casó muy joven y desde esa época tuvo que hacerse cargo de todo, tuvo la responsabilidad de todo en su familia y se acostumbró no sólo a mandar, se acostumbró, sobre todo, a que la obedecieran.

Un día, después de muchas idas y venidas, encontramos la casa donde mis hijas, mi mujer y yo queríamos vivir; una casa grande de tres pisos con dos patios y solar. Las puertas verdes, de un verde oscuro casi negro que las hacía ver más grandes y pesadas de lo que eran y daban al lugar un aire de casa antigua, de casa con historia. Eso fue lo que más nos gustó: que parecía tener historia. El tamaño de la casa y la cantidad de chécheres que teníamos en ese momento —ahora tenemos más— hicieron que el trasteo fuera más demorado de lo calculado; sin embargo, en dos días y medio de poner y quitar cosas, de cambiarlas de lugar, de mirar para todos lados con los ojos entrecerrados para ver si lo que habíamos puesto quedaba bien donde lo habíamos puesto, termi-

namos por acomodarnos y nos dispusimos a disfrutar de la nueva vivienda.

Nadie en su familia se atrevía a contradecirla. Fue por su manera de ser autoritaria y, me imagino, difícil de entender, que ella hizo su vida a través de varios matrimonios. Pero es necesario aclarar que ninguno de los hombres con los que compartió su vida se fue de ella, ninguno la dejó, porque era ella la que se iba o porque sencillamente el hombre se iba, pero para el cementerio. Es por la certeza que tengo ahora de que ella decía la última palabra siempre, por lo que he llegado a pensar que los hombres que vivieron a su lado disfrutaron su compañía y aceptaban con gusto su manera de ser.

Poco a poco nos apropiamos del lugar. Cada uno fue encontrando su esquina y la vida tomó su curso de siempre: colegio, trabajo, televisión, descanso. Llevábamos ya dos semanas en nuestra nueva casa, cuando, un día muy temprano, recostado en una silla del estudio, dejé vagar mis ojos por los objetos que había allí, pasé de un objeto a otro lentamente, dejé que salieran por la ventana y al volver a entrar subieron por una ranura que había en el muro hasta el techo y allí se encontraron con unas sombras apenas perceptibles en la pintura; era como si algo plano hubiera sido pegado y después disimulado con cinta y una capa de pintura en los bordes.

“¡Qué tan curioso!”, pensé, y me subí en la silla, para ver la sombra de cerca.

Ella fue una mujer de su casa y de su familia y lo único que sus hijos le aprendieron fue eso: el compromiso con la familia. De tres matrimonios lo único que le quedó fueron seis muchachos y dos mujeres, repartidos así: tres en el primer matrimonio, tres en el segundo y dos en el tercero. Pero, como decía a quien pudiera oírlo: —Esos muchachos son lo mejor que me ha pasado en la vida—. Quién hubiera sido el padre no tenía importancia, lo que importaba eran ellos y ella. Fueron muchachos muy inquietos. Desde muy jóvenes su curiosidad los llevó a entusiasmarse con todo lo nuevo que veían, y en sus

búsquedas encontraron que la fotografía tenía el poder de hacer eternos los momentos felices que vivían juntos. Y entonces fotografiaban todo: las llegadas, las salidas, los cumpleaños, los lloriqueos, los besos, los abrazos, las fiestas, todo.

Me costó trabajo encontrar el comienzo de la cinta. Con la ayuda de un bisturí levanté cuidadosamente la punta. "Quien haya hecho este trabajo lo hizo a conciencia", pensé. La cinta estaba tan bien pegada y el techo en un estado tan perfecto, que despegarla era un trabajo de cuidado, que debía hacerse con el pulso del cirujano, para no quitar más pintura de la necesaria. Cuando terminé de levantarla, me di cuenta, por el tamaño del espacio descubierto, que era como el de una puerta pequeña y cuadrada, que estaba a la entrada de algo. ¿De un lugar secreto? Un lugar que por miles de razones, supuse, alguien quería dejar en el olvido para siempre. Una plancha de madera no muy espesa estaba pegada al techo con puntillas, muchas puntillas.

Era, de verdad, un trabajo hecho a conciencia. Cuando terminé de quitarlas todas, la plancha cayó y dejó aparecer una puerta verde, del mismo verde, casi negro, de todas las otras puertas de la casa. Curiosamente no tenía ni candado ni llave; sólo la empujé hacia arriba y un chillido como de gatos enjaulados salió de las visagras.

La puerta cedió.

Toda la familia trabajaba. Los mayorcitos lo hicieron desde muy jóvenes, contribuían a la educación de los más pequeños y al mantenimiento de la casa. Mientras tanto, ella administraba todo, daba órdenes y mantenía el orden de la situación. El descubrimiento de la fotografía fue algo extraordinario, y su influencia tan grande, que cada uno por su lado, pero con el conocimiento de los otros, comenzó a hacer un seguimiento de lo que pasaba en la familia. Claro, bajo las órdenes y la organización de ella, que, después de cada sesión, fiesta o evento, recopilaba, ordenaba por fechas y casi que por horas el archivo

fotográfico de la familia, lo que orgullosamente llamaba “Nuestro archivo histórico”.

Me encontré en un espacio tal vez un poco más grande que el estudio. Estaba oscuro y en él se sentía el calor y el olor del encierro. Cuando levanté la puerta, una oleada de polvo depositada sobre ella quién sabe por cuántos años me obligó a retroceder. Mi ansiedad era tan grande que bajé para respirar a fondo y con la ayuda de una escalera de carpintero, que por casualidad habíamos dejado allí después del trasteo, me atreví a subir de nuevo. Efectivamente, era un espacio un poco más grande que el estudio pero de poca altura. El punto más alto de esta mansarda estaba en el ángulo del techo de dos aguas. En ese lugar, una persona de estatura normal, como yo, no cabía parada. Desde lo más alto de la escalera investigué en la oscuridad ayudado por una linterna de bolsillo.

¿Y qué vi...?

¡Nada! ¡No había nada, estaba vacío!

¡Todo este trabajo para nada, no es posible!

Me subí y, gateando, recorrí la mansarda por todos los lados: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, hasta los rincones más alejados. ¡No era posible que allí no hubiera nada! Al fin, en el rincón más alejado de la puerta, había varias formas, como... ¡cajas! Todas eran pequeñas, menos una que tenía el tamaño y la forma de esas que traen por lo menos dos docenas de camisas dobladas. Intenté levantarla, pero era tan pesada, que la dejé en su lugar. Estaba cansado pero lleno de curiosidad por ver lo que había adentro.

Como ninguno de los hijos tomaba iniciativa alguna sin su consentimiento, ella llegaba inclusive a decidir lo que cada uno de ellos debía hacer con su vida. Pero si alguien le preguntaba por las mujeres de la familia, ella respondía inmediatamente que lo que menos le preocupaba era el futuro de sus hijas, pues lo tenían asegurado. Tenía una preferencia marcada por sus hijos hombres, y las dos

muchachas prácticamente podían hacer lo que quisieran, menos traer sus novios a la casa. Cuando tenían uno, no se atrevían a hacerlo entrar, razón por la cual ninguno de los pretendientes apareció nunca en ninguna de las fotografías de los eventos familiares. A menos que el novio de turno se hiciera pasar por amigo de alguno de los hermanos, y en ese caso sí tenía toda la autorización de entrar y compartir con la familia.

La decisión de dónde hacer el laboratorio de fotografía la tomó ella, como de costumbre, y eligió el lugar más obvio de la casa: el cuarto del servicio. Era un cuarto amplio, fácil de acondicionar para evitar que la luz entrara, y con baño para facilitar el consumo de agua, tan necesario en ese proceso. De ese laboratorio salían las fotografías que clasificaba disciplinadamente todos los días.

Quité el polvo que cubría la caja. Cuando intenté desamarrar la cinta amarilla que aseguraba la tapa, la cinta se reventó, llevaba tanto tiempo allí que estaba completamente cristalizada. La destapé con cuidado y encontré un papel mantequilla blanco, un poco amarillento a la luz de mi linterna, que servía de protector; al tocarlo, me dio la sensación de que se iba a deshacer entre mis dedos; logré levantarlo por completo y encontré perfectamente puestos cuatro paqueticos que ocupaban toda la superficie de la caja y parecían ser la primera capa de su contenido. Saqué el primer paquete con mucho cuidado; estaba envuelto en papel satinado blanco. Pude entonces ver que estaba marcado con una tinta que tal vez fue negra en otra época, aunque la letra con la que estaba marcado era delicada y con ritmo como de colegio de monjas, era ilegible. Lo abrí con cuidado. Encontré unas veinte fotografías en blanco y negro y, aunque no he sido nunca aficionado a ver álbumes de gente que no conozco, éstas me atrajeron como un imán.

Estrenaron el aparato fotográfico el día del quinto cumpleaños de Mitico, primer hijo del segundo matrimonio. Ese día se reunieron todos: los tres muchachos grandes del primer

matrimonio, el bebé del momento, Ariel, que no había cumplido tres años todavía, y el papá de Mitico. Fue una fiesta muy alegre. Ella dirigió los grupos para las fotos colocando siempre a su esposo en uno de los costados del grupo; nadie supo por qué, pero tampoco nadie se lo preguntó. Rieron mucho toda la tarde porque ninguno de los asistentes supo cómo funcionaba el sistema automático de la máquina, con la cual, según decía en el manual, alguien podía disparar la cámara en un momento dado y la cámara misma le daba diez segundos al fotógrafo para correr y tomar su puesto en el grupo. Eso nunca lo lograron. Entonces ella sugirió que los tres grandes se turnaran en el oficio de fotógrafo y así podrían salir todos.

Vivía orgullosa de su casa e insistía en todo momento, en voz alta, para que todos la escucharan, que recuerdos como esos no tenían precio, que los recuerdos eran lo único que los mantendría juntos, y agregaba como una sentencia final: —Por eso tenemos que construirlos en los lugares más bonitos de esta casa.

A la luz de la linterna comencé a mirar las fotos una por una, con una curiosidad que me desconocía hasta ese momento. La primera que saqué del paquetico era un grupo de personas, parecía un grupo familiar muy alegre. Dos jóvenes a la izquierda y en la parte de atrás del grupo; estoy seguro de que los pusieron allí porque eran los más altos y no había riesgo de que taparan a los más pequeños. A la derecha, y también atrás, estaba un señor que parecía ser el papá y tenía sus manos en los hombros de un niño de pantalón cortico, de unos seis o siete años, que miraba para otro lado. En medio de todos había una señora sentada con un niño en sus brazos, evidentemente la mamá y, a la vez, el centro del grupo. Seguí mirando todas las fotos con detenimiento. Salvo dos o tres, que fueron tomadas en un patio, todas las otras las tomaron en un salón con un mueble detrás, como una repisa de esas que parecen empotradas en el muro: "Como la que hay aquí abajo en la sala", pensé, sin darle mucha importancia a mi pensamiento. Los gru-

pos eran muy similares: unas veces la mamá estaba con el niño grandecito, o el papá con el niño cargado; los que cambiaban eran los muchachos grandes; siempre había dos, pero parecía como si se turnaran para salir en las fotos.

Quité, sin destapar, los paqueticos marcados que hacían la primera capa de la caja, los puse a un lado y saqué uno de los que estaba en la segunda capa.

La vida de la familia no era fácil, el país pasaba por momentos de complejidad política y eso dejaba en el ambiente un cierto aire de inestabilidad que se sentía en todos los rincones. La familia crecía y, con la llegada de la primera mujer, la menor del segundo matrimonio, las cosas se complicaron, por la situación del país y por la situación del hogar. —¡Es que lo que pasa allá afuera se refleja aquí! —decía enfurecida ella a su marido—. Si allá no hay trabajo, aquí no hay comida, y entonces ¿qué es lo que hay que hacer? ¡Rebuscarse! —preguntaba y se reponía ella misma. —Eso es lo que tengo que hacer día y noche en esta casa. ¿Y usted, qué hace allá afuera? ¡Política!, y eso no nos da ni para comer.

Las cosas se reventaron por lo más delgado y ella acabó por decirle a su marido que lo mejor era que se fuera, que ella era capaz de sostener a su familia, que más bocas en la casa no era necesario tener, que ahora que habían matado a su amigo, el líder político al que seguía ciegamente, y se había formado una revuelta, casi como una guerra, era todavía más difícil tener gente en la casa que se interesaba más en esa guerra que en su familia.

Y el hombre salió por donde había llegado.

“El archivo histórico” siguió creciendo a medida que los eventos familiares se sucedían y que ella cuidadosamente clasificaba en orden cronológico. Eso era lo único que no llegaría a modificar ningún evento, por importante o dramático que fuera.

El mismo grupo familiar, tal vez unos meses más tarde, se sentó alrededor de una mesa. ¿Otra celebración?. No parece. Como siempre, hicieron fotos, unas ocho. La

luz que entraba por la ventana era matinal, ¿antes de salir al trabajo o al colegio? A diferencia de las fotos anteriores, en éstas aparecían siempre los tres muchachos grandes, los dos niños, el señor al fondo, como desenfocado, y la señora en primer plano, mirando directamente al lente de la cámara, como diciendo: —¡Aquí estoy yo!—. Entonces tuve una sensación particular, esa que a veces se vive cuando hay momentos, personas o lugares en donde uno siente que ya ha estado, que ya los conoce. Eso me pasó mirando esas fotos. Yo había estado ahí, los conocía y me veía sentado en esa mesa. Busqué en las fotos que había visto antes y comparé los personajes. Las dos situaciones tenían algo en común; pero no logré descifrarlo, tenía que ver más.

Para ella, la casa donde había visto crecer a su familia era el eje central de toda su existencia y sus hijos eran la razón de esa existencia. Esa casa donde todos nacieron, crecieron y vivieron, era ella, era su obra. Por eso los hombres que hicieron parte de su vida siempre estuvieron de paso. Pero las cosas no se mantienen iguales, cambian con el tiempo: los muchachos mayores crecieron, se casaron y se fueron, aunque sin su total aprobación. Algún tiempo después del matrimonio del tercero de sus hijos, llegó otro hombre a la casa y ella tuvo dos hijos más, niño y niña. Con una familia lo suficientemente numerosa, tomaron la decisión de no tener más hijos; algo difícil en un medio como éste, conservador y apegado a sus costumbres. Así ella no hubiera sido nunca la más respetuosa de esas costumbres, si le preocupaba el "qué dirán". Aunque los hijos grandes se fueron, para ellos la casa seguía siendo el centro de las reuniones familiares, y no perdían ocasión para ampliar el "archivo histórico"; inclusive traían a sus esposas e hijos, y los grupos familiares eran cada vez más grandes. Un día, en uno de esos encuentros, se dieron cuenta de la necesidad de comprar una nueva máquina de fotografía, pues la que tenían ya no cumplía con las aspiraciones artísticas de esta familia de

testigos de su historia, como los llamaba ella cuando, refiriéndose a sus hijos, hablaba con alguien que no era de la familia.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí mirando estas imágenes que me tenían emocionado. Pero no importaba. Creí que, si llegaba al fondo de la caja lo más rápido posible, lograría quitarme de encima esta angustia que comenzaba a aprisionarme; pero al ir quitando capa por capa de paqueticos, todos igualmente marcados y amarrados, sentía la necesidad de abrirlos y mirar su contenido. Todas las fotos eran evidentemente de la misma familia, aunque se podía distinguir fácilmente cómo cada miembro de esta familia iba creciendo. En algunas vi a uno de los muchachos grandes con un bigotico de adolescente. El hombre que estaba en las primeras fotos desapareció a medida que avanzaba en mi excavación a través de los paqueticos de la caja, pero la señora siempre estaba presente con su aura de poder reflejada en el respeto que todos debían sentir por ella. Encontré fotos de primeras comuniones, de tres matrimonios, todas con su sello invariable: todas fueron tomadas en el mismo lugar, los mismos salones, el mismo comedor, la repisa empotrada en el muro, los patios de paredes muy blancas. Muchas cosas cambiaban en la decoración con el paso del tiempo, pero esos muros blancos se mantenían iguales. A medida que avanzaba, sentía con más fuerza esa sensación de que ya conocía lo que venía en cada paquetico, pero la necesidad de seguir hasta el final se apoderaba más y más de mí. La luz de la linterna se hacía cada vez más débil, pero había que seguir. En uno de los paqueticos había una foto de un bebé; la señora lo tenía en sus brazos y al lado de ella había otro hombre, uno que no había visto antes en ninguna otra fotografía. “¿De dónde salió este intruso?”, pensé, como si se tratara de algo que tuviera que ver conmigo, pero su cara se me hizo conocida. Llegando casi al fondo de la caja, me encontré con otro paquetico que despertó aún más mi

curiosidad. Había en él unas personas nuevas hasta el momento desconocidas y también había otros bebés. Los muchachos de las fotos anteriores ya eran hombres de saco y corbata y los más jóvenes de la familia eran adolescentes en pleno crecimiento. Pero ese muchacho sentado en primera fila, un poco más adelante de la señora, me atrajo y, mirándome fijamente, dejó que su expresión y la pequeña sonrisa que apenas salía de sus labios me fijaran en el lugar donde estaba.

Toda la familia se hizo grande y cada uno siguió el camino que más le gustaba, todos tuvieron hijos, la familia creció y se dispersó. Pero ella siguió allí en su casa, fiel a sus recuerdos y a su historia. El último de los hombres que compartió su vida, murió a su lado, y ella siguió convencida de que era el pilar de su familia y que sólo a través de su figura, las cosas de su familia tenían razón de ser.

Un día, por indicación de uno de sus hijos mayores, un hombre de una empresa de arrendamientos puso un letrero en una de las ventanas de la sala de la casa que daba sobre la avenida: "Se arrienda".

Ella no vio eso. Se hubiera muerto antes de tiempo.

En el fondo de la caja había cuatro paqueticos perfectamente dispuestos en el espacio que les correspondía. Ansiosamente cogí el de la esquina superior izquierda y lo abrí casi despedazando el papel. Ya podía identificar quiénes estaban allí, podría hasta decir que sabía los nombres de todos. Una niña parada al lado de una mesita de la sala se parecía a una de mis hijas. Paré, volví y la miré. Sí, era igual; hasta el vestido que llevaba puesto lo conocía; era de ella. Busqué desesperado en otras fotos y me vi, me vi en el muchacho que me sonreía fijamente y reconocí el lugar.

"¡Claro, es esta casa!".

"Es la casa donde estoy ahora, la misma donde se tomaron todas estas fotos".

En ese momento se acabaron las pilas de la linterna y quedé completamente a oscuras.

“Debe de ser muy tarde, tal vez de noche —pensé—, porque no veo ninguna luz y tampoco la entrada a la mansarda”. La busqué nerviosamente con la mirada, y como no la vi, fui hacia el lugar donde me imaginé que estaba, pero no encontré nada.

La busqué por todas partes... y nada, no había salida. Sólo estábamos la caja de recuerdos y yo.

El futuro asegurado

—**Y**o no tengo problemas en la vida, mi futuro está asegurado.

Era sólo el comienzo de una larga noche de celebraciones cuando Bernardo se atrevió a soltar su declaración a todos los presentes y a los que quisieran escucharlo aun más allá de los límites de la mesa donde se encontraba con sus compañeros. Todos los que estaban cerca, y hasta los que se encontraban un poco lejos de la mesa, lo escucharon y sintieron tanta seguridad en sus palabras que, con sus miradas, comenzaron a buscarlo.

El café de *La muerte súbita* siempre fue un lugar muy concurrido, tal vez por lo antiguo, tan antiguo como la alegría de festejar, conversar y estar con los amigos. El local era profundo y amplio, con tres filas de mesas de cuatro puestos cada una, dos pegadas a los muros y la tercera en el centro. Los dos corredores entre las filas de mesas fueron desde siempre objeto de un acuerdo tácito entre los asistentes y la administración: el de la derecha era para entrar, y el otro para salir; así nunca se hacían tumultos y el público circulaba sin problemas. Todas las paredes, desde la puerta de entrada hasta el fondo, donde se encontraba el bar, y desde un metro del suelo hasta la cenefa del techo, estaban tapizadas con espejos.

Todos los que lo escucharon lo buscaron en el reflejo de los espejos, para ver qué era lo que había en este muchacho que lo hacía tan seguro de su futuro, que de pronto beneficiara a aquellos que cruzaran la mirada con la suya.

Esa noche, Bernardo y sus compañeros estaban celebrando el grado que la Escuela de Artes les había otorgado ese mismo día por la mañana. Todo el mundo, y más aún los presentes en el café, casi todos artistas o intelectuales, sabían lo difícil que era ser artista, y no sólo eso, lo difícil que era vivir del arte. Todos sabían también que la vida se pondría a mordiscos mientras que las propuestas artísticas de cada uno se desarrollaban y lograban penetrar en ese mundo tan excluyente. Por eso, la declaración los dejó a todos estupefactos, aunque nadie se atrevió a pedirle explicaciones. Algunos llegaron a pensar que tal vez tenía un contrato secreto con algún mercader de arte. Inclusive hubo quienes sintieron lástima por él porque creyeron que si era cierto, lo iban a explotar.

Entonces, como para alegrar el ambiente, Bernardo pidió otra ronda de cervezas.

—Yo invito —dijo al mesero en voz alta—, que cada uno pida lo que quiera.

Quienes lo conocían decían que era un hombre aplicado y meticoloso en su trabajo, que durante los años de escuela no había demostrado ningún talento especial, salvo, si eso se puede llamar talento, el de una puntualidad extrema en todo: en sus citas, en sus materiales y en sus trabajos. Por eso también sorprendió su declaración, porque, con la obsesión que había demostrado siempre, era posible que hubiera preparado meticulosamente su carrera sin hablarlo con nadie.

La celebración se prolongó hasta el amanecer. No se gradúa uno todos los días. Aunque todos, sin excepción, hablaron de sus planes futuros, ninguno lo hizo con la seguridad y tranquilidad con que Bernardo lo había he-

cho; su declaración quedó flotando en el ambiente, pero nadie se atrevió a preguntarle por qué estaba tan seguro de lo que iba a ser de él.

Llegó el momento de las despedidas cuando ya salía el sol y la calle comenzaba a llenarse con los primeros trabajadores que salían de sus casas.

—Se parecen a nosotros —dijo alguien del grupo—, con la diferencia de que ellos saben a qué salen y nosotros no tenemos idea ni de para dónde vamos.

—¡Yo sí! —contestó Bernardo—, por ahora voy para mi casa, tengo mucho trabajo—. Cerró la mano de todos y prometió, como todos, que se encontrarían cada vez que fuera posible.

Bernardo vivía en dos piezas con baño en el último piso de una casa de familia; su apartamento no tenía entrada independiente, pues los dueños habían acondicionado el piso con la idea de alquilarlo a algún estudiante o empleado soltero para redondear los fines de mes. Cuando Bernardo llegaba tarde o, como ese día, de madrugada, siempre se quitaba los zapatos y entraba en las puntas de los pies para no despertar a nadie, pero siempre la señora Lucas estaba despierta, como si lo esperara. No importaba la hora de llegada, ella lo llamaba, le preguntaba cosas de sus estudios o de su familia y le leía el horóscopo; era lo más importante para ella. Cuando Bernardo llegó a esa casa la primera vez, para ver el apartamento que estaba para alquilar, la señora Lucas lo miró fijamente y, después de un momento, la única pregunta que le hizo fue: —¿De qué signo es usted?—. Bernardo no era muy conocedor y respondió que no sabía.

Sorprendida por la respuesta, ella le dijo en tono duro: —¿Cómo, no sabes cuándo naciste?

—Sí, claro. Nací el 9 de abril. —¡Ah!, eres Aries, ese es un buen signo, pero voy a tener que ponerte mucho cuidado —y siguió hablando como si él ya hubiera tomado el apartamento.

—Yo soy Libra y vamos a entendernos muy bien—. Como siempre, la señora Lucas daba la sensación de saber lo que pasaría, y, en este caso, no se equivocó: Bernardo alquiló el apartamento.

En la casa sólo vivían la señora Lucas y su esposo, Leonel. El señor Lucas pasaba su tiempo sentado en una silla del salón del primer piso, leyendo. Si Bernardo hacía un recuento de las veces que había visto al señor Lucas, no sabría decir si alguna vez lo había visto en una posición diferente o haciendo otra cosa, por lo que Bernardo creyó que era inválido, aunque nunca se atrevió a preguntarlo. Como lo había prometido, la señora Lucas se ocupó de él y desde el primer día lo trató como a un hijo, como al hijo que siempre desearon tener. Ese día por la mañana cuando salía para la escuela, la señora Lucas lo estaba esperando al pie de la escalera al lado de la puerta de salida, y le ofreció un café, por si no había desayunado, le dijo. Bernardo contestó que ya lo había hecho en su apartamento, y entonces la señora Lucas cambió su expresión de madre preocupada por una sonrisa de conocedora y volvió a preguntar:

—¿Y tú sales de la casa sin leer el horóscopo?

E insistió: —¿Quieres que te lo lea?

Bernardo, que no se había preocupado nunca por esas cosas, ni siquiera sabía dónde o cómo se conseguían, y para no ser descortés, aceptó que se lo leyera, pero dijo que estaba retrasado y no tenía mucho tiempo.

—No te preocupes, ya verás como te hago ganar más tiempo del que crees—. Y fue rápidamente al salón donde su esposo leía.

Al momento volvió con una hoja blanca en la mano y le dijo:

—Oye, tú tienes algo, escucha:

Encarzas tu inteligencia, y estás listo para adquirir cualquier compromiso serio y salir triunfante. La parte financiera deja de ser tu principal problema, y se te acerca el fruto de tu siembra convertido en dinero y bienestar.

Cuando terminó de leer, lo miró fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Cómo te parece?

—¿Cómo me parece qué?, no entiendo.

—Pero, cómo que no entiendes nada —preguntó la señora Lucas—. Te voy a explicar:

—*Encauzas tu inteligencia, y estás listo para adquirir cualquier compromiso serio y salir triunfante: No tienes sino que poner de tu parte, aclaras lo que tienes en la cabecita para que te vaya bien y lo que sigue es todavía mejor: No tienes problemas de plata. ¡Eso me gusta!*

—¿Cómo? —preguntó Bernardo—, escasamente tengo para almorzar en la cafetería de la escuela.

—De verdad no entiendes —lo interrumpió la señora Lucas—. Que no tienes problemas de plata, ese es el concepto, hay que tener una mirada más amplia y debes tratar de interpretar. ¡Ahí está el secreto!, en saber interpretar. ¡Me voy a encargar de ti!—. Y el pensamiento que pasó por su mente en ese momento se convirtió en palabras, casi sin que ella se diera cuenta:

—¡Al fin llegó el hijo que tanto esperé!

Bernardo ya estaba cerca a la puerta de salida y no alcanzó a escuchar muy bien lo que dijo. Cuando la miró desde la puerta para despedirse, la vio parada cerca de la escalera con su bata azul de organizar la casa y moviendo su mano en señal de despedida.

Ese mismo día, Bernardo volvió a una hora inesperada y, por primera y única vez, no encontró a la señora Lucas esperándolo. Subió directo a su dos piezas y se puso a preparar el trabajo que debía presentar al otro día en el “taller libre”, el taller más complicado de todos, según los estudiantes, porque era abierto. Allí todo el mundo intervenía y a veces se formaban unas discusiones que parecían no tener fin. Para colmo de males, el profesor tenía pocas cosas para decir y las discusiones casi siempre se le salían de las manos.

Cuando la señora Lucas tocó a su puerta, Bernardo estaba concentrado haciendo un detalle de su obra con la meticulosidad que sólo se le conocía a él, y repondió sin mirar:

—¡Siga!

—¿A qué hora llegaste, que no me di cuenta? —preguntó la señora Lucas desde el marco de la puerta—. ¿Puedo entrar? ¿Cómo te fue hoy? No me di cuenta de tu llegada porque con seguridad estaba preparando el día de mañana, pero no te preocupes que no volverá a pasar. ¿Ya comiste? ¿Quieres un café con un sánduche?—. Y repitió de nuevo: —¿Cómo te fue hoy?—. Bernardo ignoró su pregunta y dijo:

—Mañana tengo que presentar este trabajo en el “taller libre” y todavía me falta mucho para terminarlo. —No te preocupes —dijo la señora Lucas—, recuerda tu horóscopo de esta mañana: *Encauzas tu inteligencia, y estás listo para adquirir cualquier compromiso serio y salir triunfante.* Si le pones atención, no tendrás ningún problema mañana.

—A las ocho es la comida —anunció mientras cerraba la puerta sin hacer ruido—. Cuando suene la campana, bajas.

No te dejes vencer por los obstáculos, levanta el ánimo y aprovecha la influencia positiva de los astros para que nada de lo que desees te sea negado. El buen discernimiento y madurez destacan tu personalidad y mejoran tu imagen.

¿Quieres que te lo explique? —le preguntó la señora Lucas en la puerta de la casa a la mañana siguiente. Bernardo tenía cara de haber dormido poco y sus reacciones eran lentas. —No, señora, no tengo tiempo ahora —contestó como pidiéndole que lo dejara dormir—, pero si quiere que le diga la verdad: ¡No entiendo nada!

—¡Ay!, qué voy a hacer contigo, —se quejó la señora Lucas—; esta tarde, cuando vuelvas, te explicaré.

Apenas escuchó la llave en la puerta, después de la hora de comida, la señora Lucas salió inmediatamente a

recibirlo. Bernardo hizo cara de alivio cuando entró en la casa, y alegremente dijo: —Me fue muy bien, no hubo muchos comentarios, el profesor al final dijo que me felicitaba y que mis progresos eran notorios. —¿Y qué más pasó? Después de tanto trabajo, es bueno siquiera saber una opinión.

—No —agregó Bernardo—, nadie dijo nada más, pero yo me acordé de su horóscopo, cuando usted me dijo *que, nada de lo que ... ¿qué? ¡Ah, sí... de lo que deseas te será negado!* ... Y como nadie se negó a nada, yo me quedé tranquilo.

—Bernardito —insistió la señora Lucas—, acuérdate de que lo importante está en cómo se interpreta lo que dice el horóscopo. No lo puedes tomar al pie de la letra. Te voy a explicar: todas las palabras tienen su significado, pero el horóscopo no lo puedes interpretar palabra por palabra; allí hay grupos de palabras que, una vez unidas, tienen uno u otro significado—. Mientras hablaba, la señora Lucas accionaba con las manos para hacer su explicación lo más clara posible. —Cada persona tiene su manera particular de interpretar lo que lee en él... Mira, hay gente que busca las cosas que se parecen a lo que leyó en el horóscopo por la mañana, y si durante el día encuentran alguna, inmediatamente la atribuyen a su efectividad. Otras lo interpretan de una manera más científica, como lo hacemos nosotros, que llevamos muchos años construyendo las diferentes tendencias de los astros. Lo importante es creer lo que te dice cuando lo lees en la mañana y dirigir tus acciones en ese sentido. Siempre se debe leer el horóscopo en la mañana —insistió—, es la guía para tu comportamiento en el día. Si tú crees y además lo interpretas bien, puedes estar seguro de haber dado un gran paso en la vida—. Mientras la señora Lucas hablaba, Bernardo la miraba ensimismado, imaginando lo que iba a ser levantarse todas las mañanas a buscar por dónde sale el horóscopo para saber

lo que iba a ser de él ese día. Entonces se le ocurrió algo que no pudo contener y preguntó: —¿Y si un día no puedo leerlo, entonces no podré salir ni a la escuela?

La señora Lucas se quedó contemplándolo largamente, como en la distancia, y después de un momento, le dijo: —No te preocupes, no te dajaré salir de aquí sin que tú sepas cómo y para dónde vas—. Ese mismo día la señora Lucas hizo una confesión a Bernardo: —Somos nosotros, Leonel y yo, quienes escribimos los horóscopos que te he leído —le dijo en voz baja—. Tú llegaste a nosotros como un nuevo miembro de la familia, pero no por azar; estaba en el horóscopo. Ahora, si quieres, te vas a convertir en el miembro de la casa que por tanto tiempo esperamos, deseamos y nunca llegó. Leonel y yo quisimos que tú fueras la continuación de nuestra vida y que, en algún momento, tomaras esta actividad como nuestra herencia y continuaras la labor.

Bernardo no atinó a decir ni una sola palabra. La señora Lucas asumió que esa actitud era como un sí, y decidió hablar de una vez por todas y claramente con quien era ya como su hijo adoptivo.

—Nosotros —comenzó diciendo la señora Lucas—, somos “horoscopólogos”; esto quiere decir que nuestras vidas son regidas por lo que nos dice el horóscopo—. Lo dijo lentamente para que Bernardo comprendiera bien lo que acababa de decirle, porque le estaba haciendo confesión de su declaración de principios.

—¿Entendiste? —preguntó. Bernardo asintió con la cabeza.

La señora Lucas continuó, siempre en voz baja y en el tono más convincente que ella se había escuchado en toda su vida:

—Yo he creído en ellos desde el colegio: por un horóscopo conocí a Leonel, por un horóscopo vivimos en esta casa, por un horóscopo estás tú aquí—. En este punto de la declaración, miró a Bernardo de nuevo fija-

mente. Él seguía allí quieto sin saber qué decir y sin comprender muy bien lo que le estaba pasando. —Un día —continuó la señora Lucas—, Leonel y yo decidimos que con el conocimiento que teníamos de nuestros horóscopos, de lo que dicen y significan, y con la colección tan completa que tenemos, podríamos crear los nuestros, los propios, los que nosotros intuimos, los que nos permiten hasta predecir el futuro que nos corresponde, lo que vino ayer, hoy, y lo que vendrá mañana—. Al llegar a este punto, la señora Lucas no habló más, se paró, fue hasta la cocina y regresó con un charol donde se distinguía a contraluz una jarra de jugo de toronja y tres vasos. Según ella, se trataba de un jugo muy bueno para sensibilizar los sentidos en el momento de decidir el contenido de su horóscopo del día.

—¡Ven! —lo invitó—, vamos a reunirnos en el estudio con Leonel.

Para sorpresa de Bernardo, Leonel estaba parado mirando por la ventana del estudio.

“No es paralítico”, pensó, y se sentó sin decir palabra en el sillón que el señor le indicaba.

—Ya le dije todo —anunció la señora Lucas—. Bernardo está de acuerdo con lo que tú y yo hemos hablado y desea compartir en familia la felicidad de nuestra unión.

—¡Felicitaciones! —dijo Leonel—, ya verás cómo, de ahora en adelante, no tendrás problemas en la vida y tu futuro estará asegurado.

—¿Entendiste bien? —preguntó la señora Lucas.

Bernardo, con su vaso de jugo de toronja en la mano, respondió con voz firme:

—Yo no tengo problemas en la vida, mi futuro está asegurado.

La invitación

El sobre, de tamaño clásico, estaba marcado a mano, con letra clásica y en el color clásico de las invitaciones, blanco. Lo recibió de manos del portero de su edificio cuando salía esa mañana para la oficina. “Una invitación”, pensó cuando lo vio en su casillero desde la puerta del ascensor. Lo que le llamó la atención fue la letra cuidadosa con la que estaba escrito su nombre.

“Demasiado cuidadosa”, pensó, dudando de si lo abría o no. Por fin lo abrió y sacó una tarjeta de su interior escrita en los mismos caracteres clásicos. “De colegio de monjas, diría cualquiera que viera esta escritura”.

Se detuvo unos instantes en la puerta de la portería y leyó en voz baja:

Apreciado señor Rivera, tenemos el honor de invitarlo a la celebración de sus cincuenta años. Usted ha sido elegido para compartir con nosotros esta experiencia única. Nuestra invitación es confidencial, personal e intransferible. Si decide acompañarnos, por favor sea puntual. Lo esperamos en nuestra sede mañana, día de su cumpleaños, a las cinco y treinta de la tarde.

Al pie de la tarjeta había una firma ilegible y el nombre del remitente con su cargo en letras de imprenta debajo de la firma. Eugenio no había escuchado mencionar

nunca a la persona que lo invitaba a nombre de una organización, igualmente desconocida para él hasta ese día. Lo único que reconoció fue la dirección del lugar adonde lo estaban invitando. Era una de esas edificaciones camaleónicas, con fachada de vidrio reflectivo que se mimetizan con lo que las rodea. Eugenio la había visto toda la vida. Cada vez que pasaba por allí y miraba hacia arriba, le parecía que a partir de cierta altura se perdía entre las nubes. "Uno no sabe si lo que ve son las nubes o su reflejo en el edificio", decía Eugenio siempre que pasaba por allí en las mañanas cuando iba para el trabajo o en las tardes cuando estaba de regreso.

No mencionó a nadie la invitación y al otro día, dos de agosto, anunció a su mujer que no lo esperara, que saldría a festejar con sus compañeros de oficina.

—El viernes celebraremos tu cumpleaños con los muchachos —le respondió ella, cuando lo felicitó esa mañana.

Para Eugenio, fue un día de cumpleaños común y corriente, tal vez un poco más efusivo porque cincuenta años no se cumplen todos los días, como le dijo su secretaria cuando lo abrazó y le dejó los labios rojos estampados en la mejilla. A las cinco de la tarde, organizó los papeles en su escritorio y se despidió de todos diciendo que iba a celebrar su cumpleaños en familia.

Llegó a la cita a las cinco y treinta en punto. Estaba nervioso. Se sintió como alguien que va para una fiesta donde no conoce a nadie. En el hall de entrada lo recibió una mujer joven, alta, bonita, que lo saludó por su nombre, como si lo hubiera estado esperando.

—Mi nombre es Livia; soy su guía —le dijo la joven—. Venga a mi oficina, es sólo un formalismo —continuó en tono profesional pero con una mirada tierna que buscaba tranquilizarlo. En la oficina ella le explicó que había sido invitado porque su organización lo consideraba un hombre con virtudes excepcionales, y en seguida le anunció que el éxito de su celebración sólo dependía de él.

—Como todo en la vida —la interrumpió Eugenio.

Livia hizo un gesto que significaba que ella entendía, lo tranquilizó sin decir otra palabra más y lo llevó directamente al salón de los elevadores.

—Recuerde —le dijo cuando llegaron allí—, su celebración comienza cuando usted marque en los botones a su derecha; el número cincuenta o el número uno, como usted quiera; sin embargo, le sugiero que no marque ningún número intermedio, la celebración no tendrá ningún interés para un hombre como usted.

—Será inolvidable —añadió Livia para animarlo, mientras apretaba el botón de entrada al elevador. Las puertas se abrieron y Eugenio entró en un pequeño espacio de un metro cuadrado, observó su figura nerviosa en el espejo de todo lo alto en la pared al frente de la puerta, se reconoció, confirmó que no aparentaba los cincuenta años que estaba cumpliendo, y cuando giró sobre sus talones, las puertas ya se estaban cerrando. Sólo tuvo el tiempo suficiente para ver a Livia, que le hacía una seña de despedida desde el otro lado de la puerta.

Eugenio se quedó parado en el centro del elevador, volvió a dar un giro completo sobre sus pies sin moverse del lugar donde estaba, inspeccionando el lugar. Parecía totalmente sellado por todos los lados. “Nada es más parecido a un ascensor que este cuartico”, pensó y se dedicó a estudiar cuidadosamente el tablero con botones numerados desde uno hasta cincuenta. Dudó por dónde empezar. Le preocupaba la explicación de Livia: una vez que comenzara no había manera de regresar. Se decidió por el cincuenta. —Tal vez sea mejor desandar lo andado —dijo en voz alta, como si alguien lo estuviera escuchando.

Cautelosamente oprimió el botón marcado con el número cincuenta en rojo. Inmediatamente escuchó una voz que llenaba el espacio por todos los costados:

—Bienvenido Eugenio, pocos como usted tienen esta oportunidad. Ya marcó el número cincuenta. Decidió recorrer su vida en sentido inverso.

—Comencemos —advirtió la voz, haciendo una pequeña pausa—. Cada número en el tablero a su derecha representa un año de su vida. De ahora en adelante, sólo los puede marcar en orden descendente. Según el número que oprima, usted volverá a vivir los momentos importantes de su vida en ese año y podrá modificarlos si lo considera necesario. Recuerde que usted tiene conocimiento de todo lo que le ha pasado hasta hoy, y recuerde también que lo que usted es hoy es el resultado de sus experiencias. Si modifica algún evento, es posible que el resultado sea positivo al final; pero considere, por favor, la posibilidad de que el cambio de un dato, por mínimo que sea, puede tener consecuencias insospechadas e irreversibles en su resultado final.

—Bienvenido, Eugenio. Tómese todo el tiempo que quiera para celebrar. Tiene cincuenta años para hacerlo.

Ya no quedan hombres así

Nadie podría decir que José María no merecía el destino que le tocó en vida y ahora en muerte. El día de su entierro se tejieron, alrededor de su figura, todo tipo de conjeturas. Sus parientes más allegados, los que creían conocerlo mejor, no volvían de su asombro, pues la aparición en el velorio, como una inesperada, de su segunda mujer los dejó a todos boquiabiertos.

Los amigos y algunos parientes lejanos no se sorprendieron tanto, porque José María tenía con muchos de ellos más intimidad que con algunos de los que decían conocerlo desde la cuna. Pero cuando llegó la tercera esposa, seguida, como las otras dos, de sus familiares, herederos y amigos, todos los presentes en la ceremonia decidieron que lo que estaban viviendo no podía ser cierto. Algunos de los presentes, pertenecientes al grupo de aquellos que, hasta ese día, creyeron que José María tenía una sola esposa, la que ellos creían que era la oficial, y que hasta llegaban a perdonarle otra, la segunda, se separaron del grupo y formaron rancho aparte en el salón de los Sanjoaquines, pues no pudieron aceptar otra más cuando vieron llegar la tercera. Según ellos, no querían mezclarse con ninguno de los otros dos grupos,

porque los únicos, los genuinos y verdaderos cercanos a José María, siempre habían sido ellos. En represalia, los otros dos grupos hicieron lo mismo, y al cabo de una hora y media de velación, el ataúd con don José María adentro quedó en el centro del salón principal, que se convirtió, a partir de ese momento y sin que nadie se opusiera, en tierra de nadie. Los tres grupos se separaron. Los segundos se instalaron en una salita contigua, la de los Rosales, y el otro, el tercer grupo, en el patio que estaba comunicado al salón principal por una gran puerta que, según el empleado de la funeraria, servía de extensión a la sala principal cuando los muertos eran importantes.

—Llegaste en el momento preciso —dijo mi amigo, empleado de velaciones, cuando me vio llegar—. Ya están en grupos separados y en salas distintas —agregó en voz baja—. Parece que don José María tenía más de una esposa y ninguna de ellas sabía de la existencia de las otras. Cada una llegó con su propio grupo como si fuera la única, y al darse cuenta de la situación, lo mejor que se les ocurrió hacer fue coger cada una por su lado para no encontrarse con las otras dos. Como no se habían visto nunca, hoy ya no se pueden ni ver —dijo mi amigo, preparándose para lo que se nos venía encima.

Estábamos parados en la puerta, mientras la gente pasaba a nuestro lado buscando el lugar donde estaba el ataúd. Claramente para nosotros, mi amigo y yo, allí había tres entierros en uno y ninguno de los deudos parecía aceptarlo.

—Entremos rápido —insistió mi amigo—, con esta cantidad de gente tenemos mucho trabajo por hacer hasta mañana a la hora del entierro o la cremación y, como veo las cosas, esto va a ser largo.

Yo no tenía ningún vínculo con don José María, ni familiar, ni de trabajo. Lo que me trajo a este velorio fue la necesidad. Mi amigo trabajaba como jefe de relacio-

nes públicas en la sala de velaciones y, debido a la cantidad de gente que vino inesperadamente, necesitó la ayuda de un asistente.

—Nuestro trabajo consiste en acompañar a los deudos, tomar tinto con ellos y conversar sobre lo que ellos quieran. No debemos tomar partido, ni dar opiniones y mucho menos contradecirlos, y si todo sale bien, mañana nos repartiremos unas buenas propinas—. Mientras mi amigo, a partir de ese momento mi jefe, me explicaba cuales eran nuestras funciones, una señora joven vestida de negro me preguntó si la podía llevar a donde se encontraba la viuda del señor Belén.

—¿Belén? —pregunté.

—Sí —me dijo— la viuda de don José María—. Como ya estaba contratado para realizar mis funciones de asistente, la llevé al salón de los Sanjoaquines donde se encontraba uno de los grupos familiares del difunto, la dejé allí y regresé a mi puesto en la oficina de “Relaciones públicas, soluciones y conversatorios”.

—Joven —me llamó desde la puerta de entrada de la oficina la mujer que acababa de dejar con sus parientes—. Joven —repitió—, se equivocó, el salón adonde usted me llevó no es el de la familia del señor Belén. —¡Ah!, perdón señora, ¿usted hace parte de cuál de los tres grupos?, porque el señor Belén tiene tres familias con sus respectivas viudas haciéndole este último homenaje. —Eso no es posible —respondió la mujer—; José María siempre fue un hombre correcto con mi hermana, y los cuatro hijos que tuvo con ella son muy legítimos. —Señora, lo siento mucho, pero yo la puedo ayudar sólo cuando usted me diga su apellido. —González —me interrumpió. —Un momento —le dije mientras revisaba el último reporte de ocupación de las salas—. —Señora, la familia Belén González está en la sala de los Rosales, a la derecha al fondo del salón principal donde se encuentra el ataúd.

Se desconocían por ignorancia o por desidia, y como no querían ninguna relación entre ellos, muchos llegaban hasta nosotros buscando el salón donde estaban los Belén Piedrahíta, los Belén González o los Belén Urrutia. No nos tomó mucho tiempo darnos cuenta de que mi amigo y yo éramos como una ambulancia de la Cruz Roja en medio de un campo de batalla con enemigos irreconciliables. Bajo el aura de nuestra neutralidad, recorrimos todos los salones y los fuimos distinguiendo por lo que hablaban o por las preguntas que nos hacían.

Fue a partir de lo que escuchábamos de boca de sus allegados que poco a poco conocimos al personaje que había tenido la capacidad, en vida, de convivir con tantas personas tan distintas sin que se le cruzaran en ningún momento y, aún mejor, sin que se conocieran o, por lo menos, se sospecharan. José María Belén fue un hombre de misa de doce todos los domingos y en parroquias distintas. Aunque todavía no me queda claro cómo hacía para estar en tres misas, con tres mujeres distintas, a la misma hora y en lugares distintos, lo que sí tengo claro es que en los tres casos fue un padre y esposo ejemplar, cumplidor de sus deberes materiales y conyugales, hasta tal punto que tuvo doce hijos en sus tres matrimonios simultáneos: cuatro en el primero, los Belén González; cinco en el segundo, los Belén Piedrahíta, y tres en el tercero, los Belén Urrutia; y lo mejor de todo: ¡todos legítimos! Hasta sus sesenta años don José María fue un hombre joven, tal vez porque se casó tarde, me dijo uno de los Belén Urrutia.

Fue a la edad de cuarenta y tres años y después de haber viajado por todo el mundo, que don José María, comerciante con futuro, dueño de una cadena de almacenes muy bien situados en todo el departamento, sintió el llamado del matrimonio como una vocación y se casó tres veces en menos de dos años, y en los doce años siguientes, hasta antes de cumplir los cincuenta y cinco,

tuvo todos sus hijos. —Por eso —aclaró mi amigo, a la luz de la lámpara de escritorio de nuestra oficina— hay tanta gritería en este velorio. Esos niños son los únicos que no hacen parte del conflicto y —agregó— no han pasado dos horas de estar todos aquí y los hijos ya son amigos, ya hicieron su grupo y juegan alrededor del ataúd, el único lugar libre, donde no hay nadie y pueden estar tranquilos—. Los más demorados en unirse al grupo fueron los Belén González, pero las voces y risas de los otros los hicieron salir del salón de los Rosales donde estaban, para jugar con los nuevos medios hermanos que todavía no conocían.

Desde la oficina escuchábamos las voces de los niños afuera en el salón principal, cuando el timbre de llamada de los salones nos sacó de nuestros pensamientos.

—Llaman del salón del fondo, donde están los Belén Urrutia— dijo mi amigo.

—Voy yo —le respondí— y de una vez aprovecho, estiro las piernas y les llevo café—. Arreglé todo lo necesario en el carrito especial y salí para el anexo del salón principal.

Estaban en una discusión familiar muy seria cuando entré. Inmediatamente después de mi llegada se hizo un silencio tenso, los participantes me miraron interrumpidos.

—Buenas tardes, ¿en qué les puedo servir? —dije, intentando descongelar el ambiente—. Por el momento les traigo café y gaseosa con mucho gusto—. Me acerqué a la viuda para ofrecerle una taza de café recién pasado. Ella aceptó el café y me miró tranquilamente. Dejó que pasaran unos instantes y me indicó una silla vacía en frente suyo. —Siéntese —me dijo.

—Pareces un joven serio. ¿Cómo te llamas?

—En todas partes me dicen por mi apellido, señora; mi nombre es Manuel Visa, pero puede llamarme Visa, como todos.

—Muy bien —continuó ella—, Visa. Necesitamos que nos hagas un favor. Como te has podido dar cuenta, en

este lugar hay tres familias velando al hombre que en vida fue esposo y padre al mismo tiempo de tres familias. Y este no es el momento de quejarnos; lo que pasó, pasó —dijo ella interrumpiendo a un muchacho con cara de pelea que estaba a su lado—. Te has dado cuenta también de que entre los tres grupos hay poco contacto, por no decir ninguno. En esas condiciones, no quiero correr el riesgo de mandar a alguno de los míos para hablar con ellos y que me le hagan un desaire o lo traten como no se debe. Ya va a oscurecer y la noche será larga —dijo, como si estuviera hablando sola—, y tenemos que movernos rápido —agregó, retomando el hilo de lo que me venía diciendo—, tan rápido que te voy a pedir el favor de que vayas a esos dos salones y llesves un mensaje de nuestra parte a cada una de las viudas que hay allá.

—Pero tía —trató de intervenir una joven de unos veinte años—, la única viuda aquí eres tú.

—Eso lo sabemos nosotros —la interrumpió la viuda—. Lo que pasa es que ellos, allá en las otras salas, piensan lo mismo, y si nos rendimos a la evidencia, somos tres las viudas que creemos en este momento que somos las únicas. Visa —dijo, dirigiéndose a mí—, lleve los sobres que le vamos a entregar, póngalos en manos de cada una de las mujeres que dicen ser sus viudas y, si es posible, dígales que usted debe esperar respuesta—. Me sentí como un mensajero en combate y automáticamente me puse en posición firmes, dispuesto y a punto para salir en misión al campo de batalla.

En el salón de los Sanjoaquines tuve la sensación de que me estaban esperando. La viuda Piedrahíta me recibió seria. Estaba rodeada de parientes y, al igual que en la familia de la viuda Urrutia, estaban en conciliábulo cuando entré. —Le traigo un mensaje de la parte de la señora viuda Belén Urrutia—. Y le entregué el sobre blanco. Esperé cortésmente a que terminara de leer el mensaje y le dije: —Debo regresar con una respuesta—. No

esperaba que yo le dijera eso y, desconcertada, se dirigió con la mirada a un hombre que estaba a su lado y le entregó la carta; lo hizo de una manera que dejaba claro que no sabía qué hacer. El hombre se paró; era más alto que yo y estaba en mangas de camisa, pero tenía su corbata negra bien puesta. Leyó el mensaje, me miró secamente y preguntó: —¿Y usted quién es?, no me diga que es un pariente de esa familia que viene a entrometerse en nuestras vidas otra vez y ahora proponiéndonos quién sabe qué. —No señor —le respondí, como un auténtico soldado en campaña—. Soy funcionario de la empresa donde ustedes están hospedados en este momento y mi trabajo es asistir a todas las personas que vienen a los velatorios y apoyarlos en todo lo que sea necesario. —Está bien —respondió el hombre que parecía ser la autoridad en esa sala—. Espere afuera que, en su momento, lo llamaremos. —Sí, señor —dije, pero agregué inmediatamente: es necesario que regrese con una respuesta antes de que anochezca, no queda mucho tiempo y tienen que moverse rápido, como dice la señora viuda Belén Urrutia—. El hombre me miró aún más secamente y, sin decir una palabra más, me acompañó hasta la puerta. Al darme la espalda para entrar de nuevo, repitió:

—¡Espere aquí!

Me quedé allí parado en el quicio de la puerta que daba al gran salón, en el preciso momento en que comenzaba a entrar la penumbra del atardecer. En el centro del salón estaba solo el ataúd con los restos de don José María, y alrededor de él, en medio de una gritería que se perdía en la inmensidad del salón, jugaban los niños de los tres grupos familiares. Era, así lo vi yo en ese momento, el último homenaje que ellos, en medio de su inocencia y lejos de los conflictos de sus familias, podían hacerle al único papá que tenían. Llegué hasta a imaginar a don José María, que yo no había visto nunca en mi vida, sentado en su ataúd celebrando la posibilidad de ver a todos sus hijos juntos y alegres como en una gran familia.

—¡Joven! —me llamaron del interior del salón. El grito me sacó de mis pensamientos. Rápidamente recompuse el cuello de mi camisa y entré. Me encontré con un grupo familiar que parecía estar posando para un retrato inolvidable, con el señor que me habló y la viuda sentados en el centro, al frente, mientras que el resto de los presentes se acomodaba de pie, atrás y a los lados de ellos en una pose tan solemne que me sentí atemorizado.

El hombre me alargó dos sobres blancos y dijo:

—Esperamos una respuesta a la mayor brevedad posible, de cada una de esas familias.

Cuando volví adonde los Belén Urrutia, ya estaba de noche, habían pasado casi dos horas desde mi salida hacia los otros salones y ellos estaban ansiosos por saber lo que pasaba allá afuera con las otras familias. Lo que me quedaba claro, como actor neutral de este conflicto, era que cada grupo, por su lado, aceptaba tácitamente la existencia de las otras familias.

—¡Cuidado! —gritó uno de los hijos Belén Urrutia, en el momento en que yo entraba al salón anexo, y pasó como una exhalación a mi lado dejando a uno de los Belén Piedrahíta que iba detrás, de segundo en la carrera.

Eran tres familias muy distintas: la ceremoniosidad de los Belén Piedrahíta contrastaba con la unidad de los Belén Urrutia, quienes, a su vez, eran completamente distintos de los Belén González, que parecían mucho menos almidonados que las otras dos familias juntas. Lo pude comprobar cuando pasé por donde ellos llevando las cartas. Cuando entré al salón de Los Rosales, la primera que vino hacia mí fue la misma señora que recibí a la entrada unas horas antes. Estaba muy tranquila y me habló con mucha gentileza, podría decir que con cariño.

—¿Nos mandaron mensajes de condolencia? —me preguntó con algo parecido a una sonrisa.

—No, señora —le dije—, traigo mensajes de las otras familias para la señora viuda del señor Belén.

—Quieren hablar con nosotros —comentó a un hombre de camisa gris que se acercó a nosotros en silencio—; estábamos esperando algo parecido de la parte de ellos —y continuó—: era imposible que su reacción fuera distinta, sobre todo viniendo de las otras familias que José María educó y eligió para compartir su vida. Présteme los, se los llevaré a mi hermana. —Señora —le dije—, debo esperar una respuesta. —En un momento; no se vaya, que no lo demoraré mucho—. Y se fue al centro del salón donde estaba la otra viuda. Por los comentarios que hicieron, pude darme cuenta de que la viuda Urrutia proponía una reunión en un lugar neutro, para que aclararan sus puntos de vista y pudieran llegar a un acuerdo sobre el desarrollo del entierro. —Yo creo que deberías ir tú —le dijo la viuda al hombre de camisa gris— y, sobre todo, trata de que respeten su memoria—. Después de decir esto, se dirigió a mí: —Dícales a todos que estamos de acuerdo, que vamos a enviar al salón central, donde está el ataúd, una persona para que nos represente y que ellos hagan lo mismo—. Dudó unos segundos y agregó: —Dícales también que la reunión debe comenzar en una hora, si todos están de acuerdo, ¡claro!

El lugar más neutro que pudieron imaginar fue el salón donde se encontraba el ataúd con los restos de don José María Belén, porque, según la viuda Belén González, bajo la mirada de José María no podrían decidir nada que no fuera bueno para las tres familias. Les ayudé a organizar unas sillas con una mesita de centro a un lado del ataúd y los tres emisarios se sentaron primero a definir cuáles puntos eran discutibles y cuáles no. Mientras tanto, yo circulaba alrededor de ellos sirviendo café a uno, agua al otro y café con agua al tercero. Mi deseo era que se sintieran cómodos y lo suficientemente aislados para poder decidir en calma, mientras que las familias se llevaron a los niños a jugar a otra parte, para que los señores pudieran discutir a sus anchas. El único que te-

nía problemas, si lo podemos llamar de esa manera, era yo, pues tenía que dar la vuelta al ataúd cada vez que repetía el servicio, y cuando estaba del otro lado sólo alcanzaba a ver las cabezas de los enviados de cada familia. En una ocasión se asustaron al verme aparecer por la izquierda cuando ya me habían visto salir por la derecha. La primera ronda de conversaciones tomó algo menos de una hora. Antes de retirarse cada uno a su grupo para consultas, me pidieron que les renovara la jarra de agua y que era mejor que les dejara el café en un termo sobre la mesa, en lugar de que fuera yo a servirles.

—Hágalo rápido —dijeron—, porque regresaremos a la mesa antes de media hora.

Dispuse todo como lo habían solicitado y volví a mi base en la oficina de “Relaciones públicas, soluciones y conversatorios”.

La hermana de la viuda Belén González se acercó a la oficina buscando cigarrillos en el momento en que sonó el timbre de la mesa de conversaciones; le pedí que me esperara unos minutos y salí. —Tienen hambre —le dije cuando volví a la oficina—; menos mal que tenemos previstos algunos sánduches, pero no hay para tantas familias, nunca pensamos que fueran tres.

—No importa —dijo ella, ayudándome a acomodarlos en el charol junto a una botella grande de gaseosa—, que coman ellos que son los que tienen que solucionar esto, vaya rápido, vaya... vaya— y me empujó hacia el salón principal.

—Ya se me quitaron las ganas de fumar —me dijo la señora cuando me vio regresar con el charol vacío, pero no se detuvo en lo que dijo y continuó—: ¿Cómo va todo? ¿se enteró de algo?

—No, señora —le respondí—, pero me parece que están relajados y se respira un ambiente tranquilo.

—Es el momento más difícil —dijo ella—, ya hablaron de los bienes, los repartieron todos entre las tres fa-

milias, la herencia, los almacenes, las propiedades, el ganado, todo; ya repartieron todo, lo que falta ahora es decidir qué van a hacer con el muerto y quién se va a quedar con él; eso es lo más difícil, porque no lo pueden partir en tres —agregó ella con emoción en su voz.

—No, no lo pueden partir en tres —dije yo—, pero si lo piensan bien, podrían hacerlo —y no terminé la frase, que se quedó flotando en el aire a la espera de la solución que debería venir de la reunión de los emisarios de las tres familias. Afuera estaba oscuro, los niños ya no jugaban, tal vez dormían con sus respectivas familias en sillas puestas en fila simulando camas. Lo único que se veía desde la ventana de la oficina era el resplandor de la lámpara que iluminaba la mesa de conversaciones al lado del ataúd.

El encargado de la empresa crematoria había dispuesto tres cofres pequeños al lado del cofre un poco más grande que contenía las cenizas de don José María y se dispuso a repartir su contenido. El hombre de camisa gris interrumpió al encargado recordando una recomendación de la viuda Belén González.

—Revuelva bien —le dijo—, no sea que en algún cofre quede la mejor parte—. Todos los presentes sonrieron y la ceremonia continuó. Al final, cada uno de los emisarios tomó el cofre que le correspondió en suerte y se fue con él hacia el lugar donde se encontraban los deudos de su grupo.

Lo último que discutieron en la mesa de negociaciones, antes del apretón de manos símbolo de la mutua confianza, fue la hora y el día en que cada viuda haría su visita semanal al osario donde iban a reposar los restos de don José María, pues no querían encontrarse entre ellas. Si bien todos aceptaron que dividir a don José María en tres cofres distintos era la mejor solución, como les sugirió el empleado de la sala de velación, ninguno quiso que los cofres reposaran en osarios distintos, para que todos sus hijos pudieran visitarlo en un solo lugar, cuando quisieran y a la hora que quisieran.

**Se terminó de imprimir
en la Imprenta Universidad de Antioquia
en el mes de marzo de 2001**